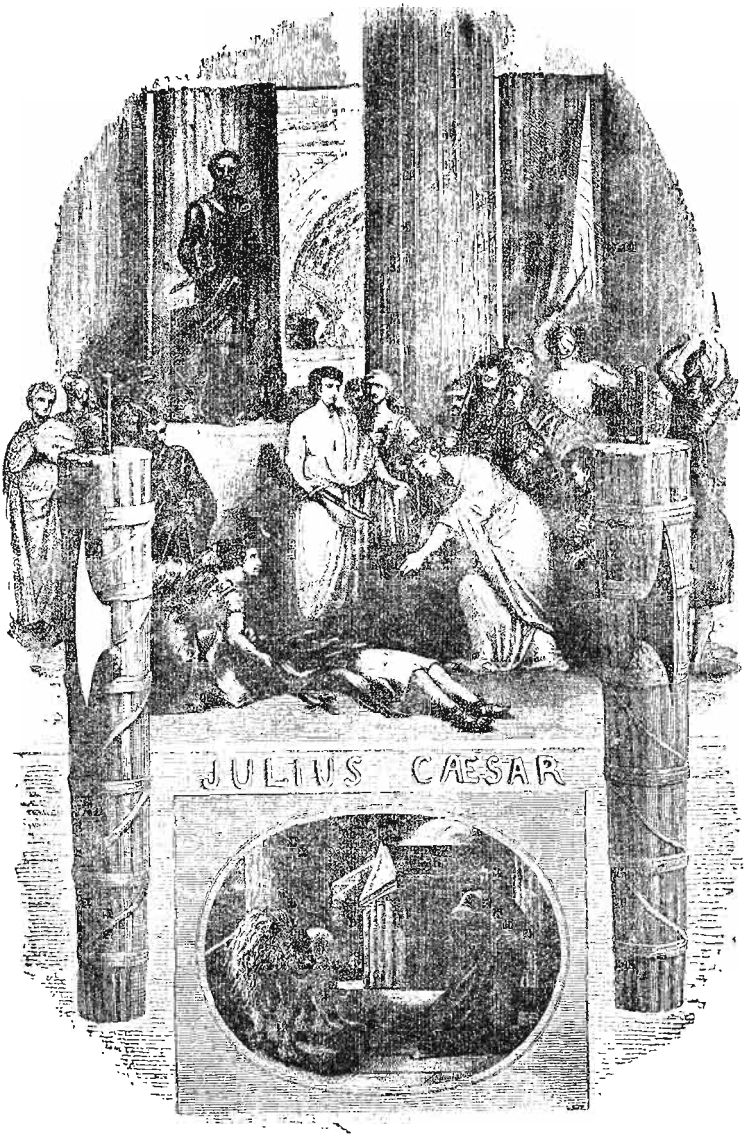
JULIO CESAR

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández



scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

JULIO CESAR

(JULIUS CÆSAR)

DRAMATIS PERSONÆ

JULIO CÉSAR.		Un ADIVINO.	
OCTAVIO CÉSAR ...	Triunviros después de la muerte de Julio César.	CINA, un poeta.	
M. EMILIO LÉPIDO ...		Otro POETA.	
MARCO ANTONIO.		LUCILIO ...	Amigos de Bruto y Casio.
CICERÓN ...	Senadores.	TITINIO ...	
PUBLIO ...		MESALA ...	
POPILIO LENA ...		CATÓN el joven.	
MARCO BRUTO ...	Conspiradores contra Julio Cesar.	VOLUMNIO ...	
CASIO ...		VARRÓN ...	
CASCA ...		CLITO ...	Criados de Bruto.
TREBONIO ...		CLAUDIO ...	
LIGARIO ...		ESTRATÓN ...	
DECIO BRUTO ...		LUCIO ...	
METELO CIMBER.		DARDANIO ...	
CINA ...	Tribunos.	PÍNDARO, criado de Casio.	
FLAVIO ...		CALFURNIA, esposa de César.	
MARULO ...		PORCIA, esposa de Bruto.	
ARTEMIDORO, sofista de Cnidos.		Senadores, Ciudadanos, Guardias, Acompañamiento, etc.	

ESCENA.—Roma; después, en Sardis y cerca de Filipos.

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

Roma.—Una calle

Entran FLAVIO, MARULO *y una turba de Ciudadanos*

FLAVIO.—¡Fuera de aquí! ¡A vuestras casas! ¡Gente ociosa, id a vuestras casas! ¿Es hoy día de fiesta? ¡Cómo! ¿Ignoráis, siendo artesanos, que no debéis pasearos en día laborable sin los distintivos de vuestra profesión? Habla: ¿qué oficio tienes?

CIUDADANO 1.º—¿Yo? Carpintero, señor.

MARULO.—¿Dónde está tu mandil de cuero y tu regla? ¿Qué haces con tu mejor vestido? Y vos, señor, ¿de qué oficio sois?

CIUDADANO 2.º—Francamente, señor: comparado con un obrero fino, no soy

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

más que, como si dijéramos, un remendón.

MARULO.—Pero ¿qué oficio es el tuyo? ¡Contéstame sin rodeos!

CIUDADANO 2.º—Un oficio, señor, que espero podré ejercer con la conciencia tranquila, pues, en verdad, es el de reparador de malas suelas.

MARULO.—¿Qué oficio, bribón? Bribonazo, ¿qué oficio?

CIUDADANO 2.º—Os lo ruego, señor, no os descompongáis; sin embargo, si os descomponéis, podré componeros.

MARULO.—¿Qué quieres decir con eso? ¡Componerme tú a mí, muchacho insolente!

CIUDADANO 2.º—¡Claro, señor, remendaros!

FLAVIO.—Eres un zapatero de viejo, ¿no?

CIUDADANO 2.º—En efecto, señor; vivo únicamente de la lezna. No me entremeto en asuntos de comerciantes ni de mujeres; negocio con todos. Soy propiamente un cirujano de zapatos viejos; cuando están en gran peligro, les devuelvo la salud. Los hombres más distinguidos que pisan con suelas de vaca andan sobre la obra de mis manos.

FLAVIO.—Pero ¿por qué no estás hoy en tu taller? ¿A qué llevas a estas gentes por las calles?

CIUDADANO 2.º—Francamente, señor, a que gasten los zapatos, para así procurarme yo más trabajo. Pero, a decir verdad, señor, holgamos hoy por ver a César y regocijarnos en su triunfo (1).

MARULO. — ¡Regocijaros! ¿De qué? ¿Qué conquista trae a la patria? ¿Qué tributarios le siguen a Roma para adornar con los lazos de su cautiverio las ruedas de su carro? ¡Troncos, pedazos de perdenal, peores que cosas insensibles! ¡Oh corazones endurecidos, ingratos hijos de Roma! ¿No conocisteis a Pompeyo? ¡Cuántas y cuántas veces habéis escalado muros y almenas, torres y ventanas, sí, y hasta la punta de las chimeneas, con vuestros niños en brazos, y habéis esperado allí todo el largo día en paciente expectación, para ver desfilar al gran Pompeyo por las calles de Roma! Y apenas veíais aparecer su carro, ¿no prorrumpíais en una aclamación tan estruendosa que temblaba el Tíber bajo sus bordes, al resonar el eco de vuestro clamoreo en sus cóncavas márgenes? ¿Y ahora os engalanáis con vuestros mejores vestidos? ¿Y ahora elegís este día como de fiesta? ¿Y ahora sembráis de flores el paso del que viene en triunfo sobre la sangre de Pompeyo? ¡Idos! ¡Corred a vuestras casas, caed de rodillas y suplicad a los dioses que suspendan el castigo que forzosamente han de fulminar por esta ingratitud!

FLAVIO.—¡Idos, idos, queridos compatriotas! Y por esta falta, reunid a todas las sencillas gentes de vuestra condición, conducidlas a orillas del Tíber y verted vuestras lágrimas en su cauce hasta que la menos profunda de sus corrientes llegue a besar la más alta de sus riberas. *(Salen los Ciudadanos.)* ¡Ved cómo se conmovió su rudo temple! Se alejan amordazados por su culpa... Bajad por esa vía hacia el Capitolio; yo iré por ésta. Despojad las estatuas, si las halláis engalanadas con diademas.

MARULO. — ¿Podemos hacerlo? Ya sabéis que es la fiesta de las Lupercales.

FLAVIO. — ¡No importa! No dejemos estatua alguna ceñida con trofeos de César. Yo bulliré aquí y allá y arrojaré de las calles a la plebe. Haced igual donde notéis que se forman grupos. ¡Estas plumas en crecimiento, arrancadas a las alas de César, mantendrán su vuelo a normal altura; quien, de otro modo, se remontaría sobre la vista de los hombres y nos sumiría a todos en un sobrecogimiento servil! *(Salen.)*

(1) *In his triumph*, el quinto y último triunfo de César, a su regreso de la batalla de Munda, en España, donde acababa de derrotar a los hijos de Pompeyo, Eneo y Sexto.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

ESCENA II

El mismo lugar.—Una plaza pública

Entran en procesión, con música, CÉSAR, ANTONIO, *ataviados para las carreras;* CALFURNIA, PORCIA, DECIO, CICERÓN, BRUTO, CASIO *y* CASCA; *una gran muchedumbre los sigue, entre la que se halla un* ADIVINO

CÉSAR.—¡Calfurnia!

CALFURNIA.—¡Silencio, eh! ¡César, habla! *(Cesa la música.)*

CÉSAR.—¡Calfurnia!...

CALFURNIA.—Aquí me tenéis, señor.

CÉSAR.—Colocaos en la dirección del paso de Antonio cuando emprenda su carrera. ¡Antonio!

ANTONIO.—¡César, señor!

CÉSAR.—No olvidéis en la rapidez de vuestra carrera, Antonio, de tocar a Calfurnia; pues, al decir de nuestros antepasados, la infecunda tocada en esta santa carrera se libra de la maldición de su esterilidad.

ANTONIO.—Lo tendré presente. Cuando César dice: «Hágase esto», ya está hecho.

CÉSAR.—Comenzad, y no omitáis ninguna ceremonia. *(Trompetería.)*

ADIVINO.—¡César!

CÉSAR.—¡Eh! ¿Quién me llama?

CASCA.—¡Que cese todo ruido! ¡Silencio de nuevo! *(Cesa la música.)*

CÉSAR.—¿Quién de entre la muchedumbre me ha llamado? Oigo una voz más vibrante que toda la música gritar: «¡César!» Habla; César se vuelve para oírte.

ADIVINO.—¡Guárdate de los idus de marzo!

CÉSAR.—¿Quién es ese hombre?

BRUTO.—Un adivino, que os ruega os guardéis de los idus de marzo.

CÉSAR.—Traedle ante mí, que le vea la cara.

CASIO.—Amigo, sal de entre la muchedumbre; mira a César.

CÉSAR.—¿Qué me dices ahora? Habla otra vez.

ADIVINO.—¡Guárdate de los idus de marzo!

CÉSAR.—Es un visionario; dejémosle. Paso. *(Música. Salen todos, menos* BRUTO *y* CASIO.*)*

CASIO.—¿Iréis a presenciar el orden de las carreras?

BRUTO.—No.

CASIO.—Os ruego que vayáis.

BRUTO.—No soy aficionado a juegos. Me falta algo de ese carácter alegre que hay en Antonio. Pero no impida yo vuestros gustos, Casio. Os abandono

CASIO. — Bruto, os observo de poco tiempo a esta parte: no hallo en vuestros ojos aquella gentileza y expresión de afecto a que estaba acostumbrado. Os manifestáis de un modo en extremo frío e impenetrable para con un amigo que os quiere.

BRUTO.—No os equivoquéis, Casio. Si mi aspecto se ha vuelto sombrío, el descontento de mi semblante sólo va contra mí. Desde hace algún tiempo estoy atormentado por pasiones contrarias. Ideas que no conciernen sino a mí propio, que quizá hayan alterado un tanto mis maneras; pero no por eso se aflijan mis buenos amigos (entre los cuales os cuento, Casio) ni den otra interpretación a mi desvío, sino que el pobre Bruto, en guerra consigo mismo, olvida las muestras de afecto a los demás.

CASIO.—Entonces, Bruto, he interpretado mal la índole de vuestras reservas, y ésta es la causa de que ocultara en mi seno pensamientos de la mayor importancia, dignos de meditarse. Decidme, querido Bruto: ¿podéis veros la cara?

BRUTO.—No es posible, Casio, porque los ojos no pueden verse a sí mismos sino por refracción, o sea mediante otros objetos.

CASIO.—Justamente. Y es muy lamentable, Bruto, que no tengáis espejos que reflejen vuestro oculto valer ante vuestras miradas, a fin de que pudierais contemplar vuestra imagen. He oído a muchos de los hombres más respetados de Roma (excepto el inmortal César) ha-

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

blar de Bruto, y, gimendo bajo la opresión de la época, suspirar por que el noble Bruto abriese los ojos.

BRUTO. — ¿A qué peligros quisierais arrastrarme, Casio, que me hacéis buscar en mí mismo lo que en mí mismo no hay?

CASIO. — Vaya, querido Bruto, preparaos a oír; y puesto que sabéis que no podéis miraros tan bien como por reflejo, yo, espejo vuestro, os descubriré sin lisonja lo que existe en vos que todavía ignoráis. Y no desconfiéis de mí, estimado Bruto. Si yo fuese un chistoso vulgar o tuviera por costumbre repetir con ordinarias protestas mi afecto a cada advenedizo; si supieseis que marcho en pos de los hombres y los abrazo efusivamente para después difamarlos, o si os consta que me prodigo en los festines a todos los comensales, tenedme entonces por peligroso. *(Clarines y aclamaciones.)*

BRUTO.—¿Qué significan esas aclamaciones? Temo que el pueblo escoja por rey a César.

CASIO. — ¿De veras lo teméis? Luego debo pensar que no deseáis que ocurra.

BRUTO.—No lo quisera, Casio; y, no obstante, le amo sinceramente. Pero ¿por qué me retenéis aquí tanto tiempo? ¿Qué es lo que pretendéis comunicarme? Si es algo para el bien general, presentad ante mis ojos a un lado el honor y al otro la muerte y miraré a entrambos con indiferencia, pues así me favorezcan los dioses como amo el nombre de la gloria más que temo a la muerte.

CASIO.—Veo en vos esa virtud, Bruto, como veo vuestra fisonomía externa. Bien: pues de honor es el tema de que voy a hablaros. Ignoro qué pensáis vos y los demás hombres acerca de esta vida; pero, por lo que a mí respecta, tanto me daría no vivir, a vivir bajo el terror de un semejante a mi mismo. Libre nací, como César, e igualmente vos; ambos hemos sido tan bien alimentados como él, y de la misma manera podemos soportar el rigor de los inviernos Pues cierta vez en un día borrascoso y crudo, en que el Tíber, irritado, se precipitaba contra sus bordes, me dijo César: «¿Te atreverías, Casio, a arrojarte ahora conmigo en medio de esas olas enfurecidas y nadar hasta allá abajo en aquel punto?» No acabó de pronunciarlo, cuando, equipado como estaba, me zambullí, instándole a que me siguiera. lo que hizo acto continuo. Rugía el torrente, y luchamos contra él con rudo empuje, hendiéndolo y avanzando con esfuerzos, que se oponían a la violencia de su curso; pero, antes de llegar al sitio señalado, César gritó: «Socórreme. Casio, o me ahogo!» Yo, como Eneas. nuestro glorioso antepasado, que, para salvarle de las llamas de Troya, llevó sobre sus hombros al viejo Anquises. así llevé, arrebatándole de las ondas del Tíber, al desfallecido César. ¡Y ese hombre ha llegado ahora a ser un dios, y Casio es una miserable criatura, que ha de inclinarse humildemente si César se digna hacerle un ligero saludo! Cuando se hallaba en España tuvo fiebres, y al hacer presa en él, observé cómo temblaba. ¡Es verdad, ese dios temblaba! De sus labios cobardes había huído el color. y esos mismos ojos, cuya mirada atemoriza al mundo, habían perdido su brillo. Oíale yo gemir, sí, y esa su voz, que invitó a los romanos a que le distinguieran y a escribir en los libros sus discursos, ¡oh vergüenza!, gritaba: «¡Dadme algo de beber, Titinio!»; igual que una niña quejumbrosa. ¡Por los dioses! Maravillame que un hombre de constitución tan débil pueda marchar a la cabeza del majestuoso mundo y llevar él solo la palma. *(Aclamaciones. Clarines.)*

BRUTO. — ¡Otra aclamación general! Esos aplausos son promovidos, sin duda, por algunos nuevos honores tributados a César.

CASIO.—¡Claro, hombre! El se pasea por el mundo, que le parece estrecho. como un coloso, y nosotros, míseros mortales, tenemos que caminar bajo sus

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

piernas enormes y atisbar por todas partes para hallar una tumba ignominiosa. ¡Los hombres son algunas veces dueños de sus destinos! ¡La culpa, querido Bruto, no es de nuestras estrellas, sino de nosotros mismos, que consentimos en ser inferiores! ¡Bruto y César! ¿Qué había de haber en este «César»? ¿Por qué había de sonar ese nombre más que el vuestro? Escribidlos juntos; vuestro nombre es tan bello como el suyo. Pronunciadlos: el vuestro es igualmente sonoro. Pesadlos: no pesa menos. Conjurad con ellos: Bruto conmoverá un espíritu tan pronto como César. *(Aclamaciones.)* Ahora, en nombre de los dioses todos, ¿de qué alimento se nutre este nuestro César, que ha llegado a ser tan grande? ¡Qué vergüenza para nuestra época! ¡Roma, has perdido la raza de las sangres esclarecidas! ¿Qué generación pasó desde el Diluvio que no haya sido famosa por más de un hombre? ¿Cuándo pudieron decir antes de ahora los que hablaban de Roma que sus vastos recintos sólo contenían un hombre? ¡Ya sucede eso en Roma, verdaderamente, y sobra espacio cuando en ella no hay más que un solo hombre! ¡Oh! Vos y yo hemos oído relatar a nuestros padres que en otro tiempo existió un Bruto que hubiera permitido al diablo eterno establecer su corte en Roma antes que a un rey.

BRUTO.—Que me estimáis no puedo dudarlo. De lo que me incitaríais a realizar, algo vislumbro. Más adelante os comunicaré lo que pienso, así de este caso como de nuestra época. Por ahora no deseo hacerlo, y os suplico, por el afecto que os guardo, que no intentéis conmoverme más. Tomaré en consideración lo que me habéis dicho. Oiré atentamente lo que tengáis que decirme, y tiempo propicio habrá para medir y tratar de tan importantes asuntos. Hasta entonces, mi noble amigo, tened esto bien presente: Bruto preferiría ser un aldeano a titularse hijo de Roma en las duras condiciones que estos tiempos parecen imponeros.

CASIO.—Celebro que mis débiles palabras hayan hecho brotar de Bruto esas chispas de fuego.

BRUTO.—Han dado fin los juegos, y César vuelve.

CASIO.—Cuando pase el cortejo, tirad a Casca de la manga, y él os contará con sus rudos modales lo que haya sucedido hoy digno de nota.

Vuelven a entrar CÉSAR *y su séquito*

BRUTO.—Lo haré. Pero mirad, Casio: la señal de la cólera fulge en la frente de César, y todos los que le acompañan semejan un séquito lleno de consternación. Las mejillas de Calfurnia están pálidas, y Cicerón deja ver su semblante irritado y la fiereza de sus ojos, tal como lo contemplamos en el Capitolio cuando le contrarían en los debates algunos senadores.

CASIO.—Casca nos dirá qué ha sido.

CÉSAR.—¡Antonio!

ANTONIO.—¡César!

CÉSAR.—Rodéame de hombres gruesos, de hombres de cara lustrosa, y tales que de noche duerman bien. He allí a Casio con su figura extenuada y hambrienta. ¡Piensa demasiado! ¡Semejantes hombres son peligrosos!

ANTONIO.—No le temáis, César; no es peligroso. Es un noble romano y de rectas intenciones.

CÉSAR.—¡Le quisiera más grueso! Pero no le temo. Y, sin embargo, si mi nombre fuera asequible al temor, no sé de hombre alguno a quien evitase tan pronto como a este enjuto Casio. Lee mucho, es un gran observador y penetra admirablemente en los motivos de las acciones humanas. El no es amigo de espectáculos, como tú, Antonio, ni oye música. Rara vez sonríe, y cuando lo hace, es de manera que parece mofarse de sí mismo y desdeñar su humor, que pudo impulsarle a sonreír a cosa alguna. Tales hombres no sosiegan jamás

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

mientras ven alguno más grande que ellos, y son, por tanto, peligrosísimos. Te digo más bien lo que es de temer que lo que yo tema, pues siempre soy César. Colócate a mi derecha, pues soy duro de este oído, y dime francamente lo que opinas de él. *(Salen* CÉSAR *y su séquito, menos* CASCA.)

CASCA.—Me habéis tirado del manto. ¿Querías hablarme?

BRUTO.—Sí, Casca; contadme que ha sucedido hoy, que César parece tan descontento.

CASCA.—Pues ¿no estabais con él? ¿No estabais?

BRUTO.—No preguntaríamos entonces a Casca lo ocurrido.

CASCA.—Pues sucedió que le ofrecieron una corona, y, ofrecida que le fué, la apartó con el dorso de la mano, así; y entonces el pueblo prorrumpió en aclamaciones.

BRUTO.—¿Qué motivó el segundo clamoreo?

CASCA.—Pues lo mismo.

BRUTO.—¿Le ofrecieron tres veces la corona?

CASCA.—Sí, a fe mía, así fué; y la apartó por tres veces, cada una más suavemente que la anterior; y a cada vez que la apartaba vociferaban mis honrados vecinos.

CASIO.—¿Quién le ofreció la corona?

CASCA.—Pues Antonio.

BRUTO.—Contadnos cómo pasó, amable Casca.

CASCA.—¡Que me ahorquen si puedo decir cómo fué aquello! Fué pura farsa. Apenas me fijé. Vi a Marco Antonio ofrecerle una corona (aunque no era tampoco una corona, sino una de esas guirnaldas...), y, como os decía, la apartó una vez; pero, a pesar de todo, pienso que le habría gustado tenerla. Entonces se la ofreció otra vez; nuevamente la rechazó; pero tengo para mí que se le hizo muy pesado retirar de ella los dedos. Y luego se la ofreció por tercera vez; pero por tercera la alejó de sí. Y mientras de este modo la rehusaba, la chusma vitoreó y aplaudió con sus callosas manos, echando por alto sus gorros mugrientos y exhalando tal cantidad de aliento pestífero porque César había desdeñado la corona, que medio lo asfixiaron, pues se desmayó, y rodó por el suelo. Y en cuanto a mí, no me atreví a reírme, de miedo de abrir la boca y tragar aquellos miasmas.

BRUTO.—Pero despacio, por favor. ¡Cómo! ¿Se desmayó César?

CASCA.—Cayó al suelo en la plaza Mayor (1), echando espumarajos por la boca, y quedó sin habla.

BRUTO.—Es muy posible. Padece de vértigos.

CASIO.—No, César no padece de vértigos. Somos nosotros, vos, y yo y el honrado Casca, quienes sufrimos de vértigos.

CASCA.—No sé qué queréis decir con eso; pero os aseguro que César cayó. Y si no es verdad que la plebe harapienta le palmoteó y le silbó a medida que le gustaba o disgustaba, como acostumbraba hacerlo con los actores en el teatro, no me tengáis por hombre honrado.

BRUTO.—¿Qué dijo al volver en sí?

CASCA.—Por mi fe, antes de caer, cuando vió que aquel rebaño de populacho se alegraba de que rehusase la corona, se desgarró la abertura de su justillo y presentó el cuello para que se lo cortasen... A ser yo un hombre de oficio le hubiera cogido la palabra aunque tuviese que ir al infierno en compañía de los tunantes... Y en esto cayó. Al volver en sí, manifestó que, si había dicho o hecho algo digno de reprensión, deseaba que sus señorías lo atribuyesen a su mal. Tres o cuatro mujerzuelas, que se hallaban junto a mí, exclamaron: «¡Ay, qué buen alma!», y le perdonaron de todo corazón. Pero de ésos no hay que hacer caso. Si César hubiese apuñalado a sus madres no habrían dicho menos.

(1) *Market-place;* es decir, en el Foro.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

BRUTO.—¿Y fué entonces cuando se marchó así tan abatido?

CASCA.—Sí.

CASIO.—¿Dijo algo Cicerón?

CASCA.—Sí; habló en griego.

CASIO.—¿Con qué fin?

CASCA.—Pues que no os mire más a la cara si puedo decirlo; pero los que le entendieron se sonreían unos a otros, moviendo la cabeza. En cuanto a mí, aquello estaba en griego. Puedo daros, además, estas noticias: Marulo y Flavio han sido reducidos al silencio por haber despojado de sus adornos las estatuas de César. ¡Adiós! Aún podría contaros tonterías, si las recordara.

CASIO.—¿Queréis cenar conmigo esta noche, Casca?

CASCA.—No; tengo otro compromiso.

CASIO.—¿Comeríais conmigo mañana?

CASCA.—Sí, si estoy vivo, si no cambiáis de opinión y si vuestra comida vale la pena de ser comida.

CASIO.—Bueno; os esperaré.

CASCA.—Hacedlo así. Adiós uno y otro! *(Sale* CASCA.)

BRUTO.—¡Qué carácter más áspero se ha vuelto! Era de fino temple cuando iba a la escuela.

CASIO.—Y lo sigue siendo a pesar de esa apariencia tosca, si se trata de ejecutar cualquier empresa noble o arriesgada. Su rudeza es el condimento de su buen criterio, que hace que el estómago de las gentes digiera sus palabras con mejor apetito.

BRUTO.—Así es, en efecto. Os dejo por ahora. Si queréis hablar conmigo mañana, iré a vuestra casa y, si preferís venir a la mía, os aguardaré.

CASIO.—Iré a veros. Hasta entonces, reflexionad en lo que nos rodea. *(Sale* BRUTO.) ¡Bien, Bruto, eres noble! No obstante, veo que, dispuesto como está, tu honrado metal puede forjarse. He aquí la conveniencia de que las almas nobles se asocien siempre a sus iguales. Porque ¿quién hay tan firme que no pueda ser seducido? César me soporta con dificultad; pero ama a Bruto. Si yo fuera ahora Bruto y Bruto Casio, él no ejercería influjo en mí. Esta noche arrojaré a sus ventanas escritos de distintas procedencias, que parezcan provenir de varios ciudadanos. Todos expresarán la alta opinión que Roma tiene de su nombre. En ellos se aludirá embozadamente a la ambición de César. Y después, que piense César en afirmarse bien, porque le echaremos abajo, o sufriremos días peores. *(Sale.)*

ESCENA III

El mismo lugar.—Una calle

Truenos y relámpagos. Entran por opuestas direcciones CASCA, *con la espada desnuda, y* CICERÓN

CICERÓN. — ¡Buenas tardes, Casca! ¿Habéis conducido a César a su casa? ¿Por qué estáis sin aliento y tan espantado?

CASCA.—¿No os conmovéis cuando se estremecen en masa los cimientos de la tierra como una cosa vacilante? ¡Oh Cicerón! He visto tempestades en que los irritados vientos tronchaban las nudosas encinas y he contemplado al ambicioso océano hincharse y mugir espumoso para alzarse tan alto como las amenazadoras nubes; pero nunca hasta esta noche, nunca hasta ahora mismo, presencié una tempestad que destila fuego. ¡De por fuerza hay empeñada en el cielo una guerra civil, o el mundo, demasiado insolente con los dioses, los provoca a consumar la destrucción!

CICERÓN. — ¡Qué! ¿Habéis visto algo más asombroso?

CASCA.—Un esclavo público, a quien conocéis de vista, levantó su mano izquierda, de la cual brotaron llamas, y ardió como veinte antorchas juntas, y, no obstante, su mano, insensible al fuego, permaneció ilesa. Aún hay más (y desde ese momento no he vuelto a envainar mi espada): frente al Capitolio

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

hallé un león que me miró con ojos encendidos y se alejó encolerizado, sin molestarme. Y sobre un alto he encontrado un grupo como de cien mujeres, pálidas, demudadas por el terror, que juraban haber visto recorrer las calles arriba y abajo a hombres completamente envueltos en llamas. Y ayer, el ave de las tinieblas se posó en pleno día sobre la plaza mayor, graznando y chillando. Cuando coinciden a una semejantes prodigios, que nadie diga: «Son fenómenos naturales, y sus causas éstas», porque, a mi juicio, son presagios siniestros para el país que señalan.

CICERÓN.—Es ésta una época bastante extraña, por cierto; pero los hombres pueden interpretar las cosas a su manera, en sentido contrario al de las cosas mismas. ¿Vendrá mañana César al Capitolio?

CASCA.—Sí, porque encargó a Antonio que os hiciera saber que estaría allí mañana.

CICERÓN.—Pues buenas noches, Casca. Esta perturbación del firmamento no está para andar al raso.

CASCA. — ¡Adiós, Cicerón! *(Sale* CICERÓN.)

Entra CASIO

CASIO.—¿Quien va?

CASCA.—Un romano.

CASIO.—Por vuestra voz, sois Casca.

CASCA.—Tenéis buen oído. ¡Qué noche, Casio!

CASIO.—Una noche muy grata para los hombres de bien.

CASCA.—¿Quién ha visto jamás un cielo tan amenazador?

CASIO. — ¡Los que saben lo llena de delitos que está la Tierra! Por mi parte, he vagado por las calles, arrostrando la noche peligrosa. Y desceñido como veis, Casca, he expuesto mi pecho a la piedra del trueno, y cuando el zigzagueante relámpago azul parecía desgarrar el seno del cielo, yo mismo me ofrecí como su blanco y en la misma dirección de su estallido.

CASCA.—Pero ¿por qué tentáis tanto a los cielos? Es propio del hombre temblar y estremecerse cuando los dioses de mayor potencia envían para aterrarnos estos terribles mensajeros.

CASIO.—Sois torpe, Casca, y carecéis de esos destellos de vida que deben existir en todo romano; o, al menos, no los queréis utilizar. Os veo pálido y azarado, sobrecogido de temor y estupefacto ante la extraña furia de los cielos. Pero si consideráis la verdadera razón de todos estos errantes fantasmas, de esas aves y bestias que abandonan el instinto y atributos de su especie; de esos ancianos, locos y niños que profetizan; de todas estas cosas que trasforman su orden, su modo de ser y sus facultades primitivas en cualidades monstruosas habréis de convenir en que el Cielo les ha infundido semejante disposición, tomándolos como instrumento de terror y aviso para algún estado de cosas fuera de las condiciones normales. Ahora podría yo, Casca, nombrarte a un hombre muy semejante a esta terrible noche, que truena, relampaguea, abre tumbas y ruge como un león del Capitolio; un hombre que en valor personal no es más fuerte que tú o que yo, y que, sin embargo, ha crecido prodigiosamente y es tan aterrador como estas extrañas conmociones.

CASCA.—Es a César a quien os referís, ¿no es así, Casio?

CASIO.—¡Sea a quien fuere! Porque hoy los romanos tienen músculos y miembros como sus antepasados. Pero, ¡desdicha de los tiempos, el alma de nuestros padres ha desaparecido, y es el espíritu de nuestras madres el que nos gobierna! ¡Nuestro yugo y resignación prueban que somos afeminados!

CASCA.—Se dice, efectivamente, que los senadores pretenden mañana proclamar a César rey, y que llevará su corona por mar y tierra en todas partes, menos aquí en Italia.

CASIO. — ¡Ya sé, entonces, dónde he de hundir este puñal! ¡Casio librará a

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

Casio de la esclavitud! Por eso, ¡oh dioses!, convertís a los débiles en los más fuertes. Por eso, ¡oh dioses!, sojuzgáis a los tiranos. ¡Ni las torres de piedra, ni las murallas de bronce forjado, ni las prisiones subterráneas, ni los recios eslabones de hierro, pueden sujetar el vigor del espíritu! Porque la vida, cuando se cansa de estas barreras mundanales, nunca pierde el poder de libertarse a sí propia. Y pues yo sé esto, que el mundo entero sepa también que de la parte de tiranía que soporto puedo sacudirme cuando me plazca. *(Truenos todavía.)*

CASCA.—¡Igual puedo yo! ¡Cada esclavo tiene en su propia mano el poder para cancelar su autoridad!

CASIO.—Y, entonces, ¿por qué ha de convertirse César en tirano? ¡Pobre hombre! Bien se me alcanza que no se atrevería a ser un lobo, a no ver que los romanos sólo son corderos. ¡Ni sería león si no fueran gacelas los romanos! Los que quieren encender pronto una gran hoguera comienzan con débiles pajas... ¿Qué pedazos de corteza de árbol, qué desecho, qué seca basura es Roma, cuando sirve de baja materia para alumbrar una cosa tan vil como César? Pero, ¡oh dolor! ¿Adónde me conduces? Quizá hablo ante un hombre que voluntariamente es siervo, en cuyo caso me hará responder de mis palabras; pero voy armado, y el peligro me es indiferente.

CASCA.—¡Habláis a Casca, esto es, a un hombre que no oculta bajo visajes de mimo un alma de delator! ¡Tomad mi mano! ¡Alzad un partido para remediar todos estos males, iré tan lejos de mis pasos como el que más!

CASIO.—¡Queda aceptado el trato! Sabed ahora, Casca, que he comprometido ya a algunos de los más generosos y nobles romanos para acometer conmigo una empresa llena de honrosas y arriesgadas consecuencias. En este instante me esperan en el atrio de Pompeyo, pues en noche tan terrible como ésta no hay movimento ni paseo en las calles y el aspecto del cielo favorece la obra que tenemos entre manos, la más sangrienta, feroz y aterradora.

Entra CINA

CASCA. — Apartémonos un instante. pues se acerca uno a toda prisa.

CASIO. — Es Cina; le conozco en los pasos. Un amigo. Cina, ¿adónde marcháis tan apresuradamente?

CINA.—En busca vuestra. ¿Quién es ése? ¿Metelo Cimber?

CASIO.—No; es Casca, un afiliado a nuestra empresa. ¿Me aguardan, Cina?

CINA.—Me alegro de ello. ¡Qué tremenda noche! Dos o tres de los nuestros han visto visiones extrañas.

CASIO.—¿Me esperan? Decidme.

CINA. — Sí, os aguardan. ¡Oh Casio! ¡Si pudierais atraer a nuestro partido al noble Bruto!

CASIO.—¡Tranquilizaos, querido Cina! Tomad este papel y procurad colocarlo en la silla del pretor, de modo que Bruto no pueda menos de hallarlo, y arrojad éste por su ventana. Este fijadlo con cera en la estatua del antiguo Bruto. Hecho todo lo cual, dirigíos al atrio de Pompeyo, donde nos encontraréis. ¿Están allí Decio Bruto y Trebonio?

CINA.—Todos, menos Metelo Cimber, que fué a buscaros a vuestra casa. Bien; iré en seguida y distribuiré estos papeles como me habéis ordenado.

CASIO.—Después encaminaos al teatro de Pompeyo. *(Sale* CINA.) Venid, Casca. Vos y yo iremos todavía antes de amanecer a ver a Bruto en su casa. Tres cuartas partes de él son a estas horas nuestras, y al primer encuentro nos pertenecerá completamente el hombre.

CASCA.—¡Oh, él ocupa un lugar elevado en todos los corazones del pueblo! Y lo que en nosotros parecería delito, su sola presencia, como por la más rica alquimia, lo transformaría en virtud y acto meritorio.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

CASIO.—Habéis comprendido con toda justeza cuánto vale y la gran necesidad que tenemos de su persona. Vámonos, pues es ya más de medianoche (1), y antes del día conviene despertarle y asegurarnos de él. *(Salen.)*

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

Roma.—Jardín de Bruto

Entra BRUTO

BRUTO.—¡Eh, Lucio, hola! No puedo apreciar por la marcha de las estrellas cuánto falta para que apunte el día. ¡Lucio, digo! Quisiera tener el defecto de dormir tan profundamente. ¡Vamos, Lucio, vamos! ¡Despierta, digo! ¡Eh, Lucio!

Entra LUCIO

LUCIO.—¿Llamabais, señor?

BRUTO.—Lleva una vela a mi estudio, Lucio, y cuando esté encendida ven y avísame.

LUCIO.—Lo haré, señor.

BRUTO.—¡Tiene que ser con su muerte! Y, por mi parte, no encuentro causa alguna personal para oponerme a él, sino el bien público. ¡Quisiera ceñirse la corona! El caso está en saber hasta qué punto pueda modificar ello la Naturaleza. El claro día es el que hace salir al áspid, y esto nos advierte que caminemos con precaución. ¿Coronarlo? De eso se trata. Y entonces le damos, de seguro, un aguijón con el que puede hacernos daño a voluntad. El abuso de la grandeza viene cuando en ella la clemencia se divorcia del poder. A decir verdad, nunca he visto que las pasiones de César dominasen más que su razón; pero es cosa sabida que la humildad es una escala de la ambición incipiente, a la que vuelve el rostro el trepador; pero una vez en el peldaño más alto, da entonces la espalda a la escala, tiende la vista a las nubes y desdeña los humildes escalones que le encumbraron. Igual puede César; luego evitémoslo antes que lo hiciere. Y pues los motivos de queja que tenemos contra él no ofrecen color plausible, visto de quien se trata, démosle esta forma, diciendo que si se aumenta lo que es, surgirán estas y aquellas tiranías; y así, debe considerársele como al huevo de la serpiente, que, incubado, llegaría a ser dañino, como todos los le su especie, por lo que es fuerza matarlo en el cascarón.

Vuelve a entrar LUCIO

LUCIO.—La vela está encendida en vuestro aposento, señor. Buscando un pedernal en la ventana, hallé este papel, sellado como veis. Tengo la seguridad de que no estaba allí cuando fui a mi lecho. *(Le entrega la carta.)*

BRUTO.—Vuélvete a la cama; aún no es de día. ¿No son mañana los idus de marzo, muchacho?

LUCIO.—No lo sé, señor.

BRUTO.—Mira en el calendario y ven a decírmelo.

LUCIO.—Lo haré, señor. *(Sale.)*

BRUTO.—Las exhalaciones que silban en el aire lanzan tanta luz, que bien puedo leer con ella. *(Abre la ventana y lee.)* «Bruto, duermes. Despierta y mírate. ¿Deberá Roma...?, etcétera. ¡Habla, hiere, haz justicia! Bruto, duermes.

(1) La noche se dividía por los romanos en cuatro vigilias, de tres horas cada una, que se contaban desde la puesta del sol o fin del día, esto es, desde las seis de la tarde. Así la medianoche era la vigilia tercera.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

¡Despierta!» Con frecuencia se han colocado, y he recogido en diversos lugares, instigaciones parecidas a esta. «¿Deberá Roma...?, etcétera.» Es preciso que lo complete así: ¿Deberá Roma permanecer bajo el *terror* de un hombre? ¿Qué? ¿Roma? Mis antepasados fueron los que arrojaron de las calles de Roma a Tarquino cuando era llamado rey. «¡Habla, hiere, haz justicia!» ¿Se me incita a que hable y hiera? ¡Oh Roma! Te lo prometo. ¡Si ha de ser para recobrar tu libertad, obtendrás de la mano de Bruto cuanto le pides!

Vuelve a entrar LUCIO

LUCIO.—Señor, estamos a catorce de marzo. *(Llaman dentro.)*

BRUTO.—Está bien. Ve a la puerta; alguien llama. *(Sale* LUCIO.) ¡Desde que Casio me excitó el primero contra César, no he podido dormir! Entre la ejecución de un acto terrible y su primer impulso, todo el intervalo es como una aparición o una horrorosa pesadilla. ¡El espíritu y las potencias corporales celebran entonces consejo, y el estado del hombre, semejante a un pequeño reino, sufre entonces una especie de insurrección!

Vuelve a entrar LUCIO

LUCIO.—Señor, el que está en la puerta es vuestro cuñado Casio, que desea veros.

BRUTO.—¿Viene solo?

LUCIO.—No, señor; hay otros con él.

BRUTO.—¿Los conoces?

LUCIO.—No, señor. Llevan los sombreros calados hasta las orejas y la mitad de sus caras ocultas con los mantos; de suerte que era imposible haberlos podido descubrir por ningún indicio de sus facciones.

BRUTO.—Hazlos entrar. *(Sale* LUCIO.) Son los conjurados. ¡Oh conspiración! ¿Te avergüenzas de mostrar tu peligrosa frente por la noche, en que la maldad vaga más libre? ¡Oh! Entonces, ¿dónde hallarás de día una caverna bastante lóbrega para esconder tu rostro monstruoso? ¡No la busques, conspiración! Enmascárala con sonrisas y afabilidad, porque si te dejas ver bajo tu natural semblante, ni el Erebo mismo tendría suficientes tinieblas para sustraerte a la prevención.

Entran CASIO CASCA, DECIO, CINA, METELO CIMBER *y* TREBONIO, *conspiradores*

CASIO.—Creo que turbamos indiscretamente vuestro reposo. Buenos días, Bruto. ¿Os importunamos?

BRUTO. — Hasta ahora he estado en pie, despierto toda la noche. ¿Conozco a estos que os acompañan?

CASIO. — Sí, a todos ellos; y no hay ninguno que no os honre, y cada cual no quisiera sino que tuvierais de vos mismo la opinión que tiene todo noble romano. Este es Trebonio.

BRUTO.—Bien venido sea.

CASIO.—Este, Decio Bruto.

BRUTO.—Bien venido, también.

CASIO.—Este, Casca; éste, Cina, y éste, Metelo Cimber.

BRUTO. — ¡Bien venidos todos! ¿Qué vigilantes afanes se interponen entre vuestros ojos y la noche?

CASIO. — ¿Permitiréis una palabra? (BRUTO *y* CASIO *cuchichean.)*

DECIO.—¡El Oriente cae de este lado! ¿No es aquí por donde despunta el día?

CASCA.—No.

CINA. — ¡Oh Perdón, señor, pero sí es; y aquellas franjas grises que ribetean las nubes son mensajeras del día.

CASCA.—Habréis de confesar que uno y otro estáis equivocados. Aquí, donde apunto con mi espada, se alza el sol, que avanza a grandes pasos hacia el Sur, considerando la estación temprana del año. Dentro de un par de meses presenta su primer fulgor más arriba, hacia el Norte; y el alto Oriente queda allá, en línea recta con el Capitolio.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

BRUTO.—¡Dadme todos vuestra mano, uno por uno!

CASIO.—¡Y juremos cumplir nuestra resolución!

BRUTO.—¡No, nada de juramentos! ¡Si la cara de los hombres, el sufrimiento de nuestras almas, los abusos del presente, no son motivos bastante poderosos, separémonos aquí mismo y vuelva cada cual al ocioso descanso de su lecho! ¡Dejemos así que cobre libre curso el despotismo arrogante, hasta que sucumba por turno el último hombre! Pero si estos incentivos, como estoy seguro de ello, poseen sobrado ardor para inflamar a los cobardes y dar una coraza de bravura al desmayado espíritu de las mujeres, entonces, compatriotas, ¿qué necesidad tenemos de otro acicate que nuestra propia causa para decidirnos a hacer justicia? ¿Qué otro lazo que el de romanos comprometidos por el secreto, que han empeñado su palabra y que no la burlarán? Y ¿qué mejor juramento que el pacto de la honradez con la honradez para llevar a cabo la empresa o sucumbir en la demanda? Que juren los sacerdotes, los cobardes y los hombres arteros, las viejas carroñas, y esas almas que acogen resignadas el ultraje, y juren *también en favor de malas causas* los desdichados que inspiran dudas a los hombres. Pero no empeñemos la serena virtud de nuestra empresa ni el indomable temple de nuestro ánimo suponiendo que nuestra causa o su ejecución necesitaban juramento, cuando cada gota de sangre que todo romano lleva, noblemente, sería culpable de diversas bastardías si quebrantara la más pequeña parte de su promesa.

CASIO.—¿Y de Cicerón? ¿Habrá que sondearle? Creo que se pondrá decididamente al lado nuestro.

CASCA.—No debemos excluirle.

CINA.—¡No, de ningún modo!

METELO.—¡Oh! Contemos con él, pues sus cabellos de plata nos granjearán una buena opinión, y conseguirán voces para realzar nuestros hechos. Se dirá que sus juicios han dirigido nuestras manos. Nuestra mocedad y audacia no se mostrarán nada, sino todo quedará sepulto en su gravedad.

BRUTO.—¡Oh, no le nombréis! ¡No nos franqueemos con él! ¡Jamás se adherirá a cosa alguna empezada por otro!

CASIO.—Entonces dejémosle.

CASCA.—Verdaderamente no nos conviene.

DECIO.—¿No habrá de tocarse a ninguna otra persona, sino solamente a César?

CASIO.—¡Bien pensado, Decio! No creo prudente que Marco Antonio, tan querido de César, deba sobrevivir a César. Tendríamos en él un intrigante astuto, y no ignoráis que, si pusiera en práctica sus recursos, puede ir tan lejos que nos diera a todos que sentir. ¡En evitación de esto, que Antonio y César caigan juntos!

BRUTO.—Nuestra conducta parecería demasiado sanguinaria, Cayo Casio, al cortar la cabeza y mutilar después los miembros, como si diéramos la muerte con ira y a ella siguiera el odio; pues Antonio no es más que un miembro de César. ¡Seamos sacrificadores, Cayo, pero no carniceros! ¡Nos hemos levantado todos contra el espíritu de César, y en el espíritu del hombre no hay sangre! ¡Oh, que no pudiésemos inmolar el espíritu del César y no desmembrar a César! Pero ¡ay!, ¡César tiene por ello que verter su sangre. Ahora bien, dignos amigos, matémosle con valor, pero sin saña. ¡Trinchémosle como el manjar que se ofrece a los dioses, no como la osamenta que se arroja a los perros! Y hagan nuestros corazones lo que los amos hábiles: excitar a sus criados a un acto de furor, y luego aparentar que se los reprueba. Se verá así que nuestro propósito tenía por motivo la necesidad, y no el odio. Con tal apariencia, a los ojos del vulgo se nos llamará purificadores, no asesinos. Y respecto a Marco Antonio, no penséis en él, pues no ten-

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

drá más brazo que el de César cuando la cabeza de César se halle cortada.

CASIO.—Sin embargo, *le temo, porque* el entrañable afecto que profesa a César...

BRUTO.—¡Ay querido Casio! No penséis en él. Si ama a César, todo lo que puede hacer será contra sí mismo: darse a la melancolía y morir por César. Y aun esto es decir mucho, pues es aficionado a juegos a disipación y a la abundante compañía.

TREBONIO.—Eso no es de temer. Que no muera, pues seguirá su vida y ha de reírse de esto más tarde. *(Suena un reloj.)*

BRUTO.—¡Silencio! Contemos la hora.

CASIO.—El reloj ha dado las tres.

TREBONIO.—Es tiempo de partir.

CASIO.—Pero es dudoso todavía si saldrá hoy, o no, César, pues desde hace algún tiempo se ha vuelto supersticioso, abandonando la firme opinión que antes tenía sobre visiones, sueños y presagios. Es posible que estos manifiestos prodigios, el extraño terror de esta noche y el consejo de sus augures le impidan asistir hoy al Capitolio.

DECIO.—Nada temáis. Si resolviera tal cosa, yo le decidiré, pues le agrada escuchar que los unicornios pueden cogerse burlándolos con árboles; los osos, con espejos; los elefantes, con hoyos; los leones, con trampas, y los hombres, con aduladores. Pero cuando le digo que detesta a los adulalores me responde que sí, a pesar de ser entonces más adulado. ¡Dejadme hacer! Yo daré a su humor la disposición más necesaria y le traeré al Capitolio.

CASIO.—No; iremos todos a su casa a buscarle.

BRUTO.—¿Os parece, lo más tarde, a las ocho?

CINA.—Sea eso lo más tarde, y no faltéis, pues.

METELO.—Cayo Ligario es hostil a César, que le reprendió por haber hablado en elogio de Pompeyo. Me sorprende que ninguno de vosotros haya reparado en él.

BRUTO.—Marchad inmediatamente en su busca, buen Metelo. Me quiere bien, y no le faltan razones. Enviadle aquí y yo le prepararé.

CASIO.—La mañana se nos echa encima. Os dejamos, Bruto. Amigos, separémonos; pero recordad todo lo que habéis dicho y demostrad que sois verdaderos romanos.

BRUTO.—Buenos caballeros, poned vuestros semblantes risueños y alegres, no sea que vuestras miradas traicionen nuestros propósitos, sino proceded como nuestros actores romanos, con espíritu sereno y aire digno. Y con esto, buenos días a todos. *(Salen todos, menos* BRUTO.) ¡Muchacho! ¡Lucio! ¿Dormido profundamente? No importa. Goza del dulce y pesado rocío del sueño. ¡A ti no te conturban ni las formas imaginarias ni las preocupaciones que el afanoso cuidado hace brotar del cerebro de los humanos! ¡Por eso duermes tan tranquilamente!

Entra PORCIA

PORCIA.—¡Bruto, mi señor!

BRUTO.—¿*Qué os sucede*, Porcia? ¿Por qué os levantáis ya? No es conveniente para vuestra salud exponer así vuestra delicada complexión al crudo frío de la madrugada.

PORCIA.—Ni para la vuestra tampoco. Os habéis deslizado del lecho furtivamente, Bruto, y anoche, durante la cena, os levantasteis de pronto, y, con los brazos cruzados, os pusisteis a pasear cavilando y suspirando; y al preguntaros qué os sucedía me mirasteis severamente. Redoblé mis instancias; entonces os rascasteis la cabeza, y, muy impaciente, golpeasteis el suelo con el pie. Insistí de nuevo, y ni aun me respondisteis, sino que, con un gesto de cólera, me hicísteis señas con la mano de que os dejara. Así lo verifiqué, temiendo acrecentar vuestro descontento, que ya

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

creía irritado en demasía, y presumiendo, con todo, que ello no sería sino un arrebato de mal humor, que en todo hombre encuentra a veces su hora. Pero eso no os impedirá comer, hablar, dormir; que, si hubiera trastornado vuestro semblante como ha hecho cambiar vuestro modo de ser, no os conocería, Bruto. Mi querido señor, permitidme que sepa la causa de vuestro pesar.

BRUTO.—No estoy bien de salud; eso es todo.

PORCIA.—Bruto es discreto, y si no gozase de buena salud, habría puesto los medios para recobrarla.

BRUTO.—Pues eso hago, buena Porcia: volved al lecho.

PORCIA.—¿Bruto está enfermo? ¿Y es saludable salir descubierto y aspirar las emanaciones de la húmeda alborada? ¡Qué! ¿Bruto está enfermo, y abandona su lecho confortable para exponerse al pernicioso contagio de la noche y desafiar el aire catarroso y viciado, que aumentarán su mal? ¡No, Bruto mío! ¡Vos encerrais alguna amarga dolencia dentro de vuestra alma, la cual, por los derechos y prerrogativas de mi puesto, me corresponde conocer! Y de rodillas os conjuro, en nombre de la hermosura que en algún tiempo me ponderasteis; por vuetras protestas de amor y aquel solemne juramento que nos incorporó haciendo de los dos uno solo, que me confiéis a mí, que soy vos mismo, vuestra mitad, por qué estáis tan triste y qué hombres fueron los que se dirigieron a vos esta noche, pues había seis o siete que ocultaban sus rostros aun a la misma oscuridad.

BRUTO. — ¡No os arrodilléis, gentil Porcia!

PORCIA.—¡No lo necesitaría si fuerais vos el gentil Bruto! En el contrato del matrimonio, decidme, Bruto, ¿se exceptuó que ignorase yo secretos que os conciernen? ¿Soy yo vos mismo, pero con ciertas restricciones, como acompañaros a la mesa, deleitar vuestro tálamo y hablaros tal cual vez? ¿No hay lugar para mí sino en los arrabales de vuestra buena condescendencia? Si no soy más que eso, Porcia es la manceba de Bruto, no su mujer.

BRUTO.—¡Tú eres mi leal y honrada esposa, tan amada por mí como las gotas bermejas de sangre que afluyen a mi afligido corazón!

PORCIA.—¡Si así fuera, conocería entonces ese secreto! Que no soy más que una mujer, lo admito; pero, al mismo tiempo, una mujer que Bruto eligió por esposa. Acepto que no soy más que una mujer, pero a la vez una mujer bien reputada, ¡la hija de Catón! ¿Pensáis que no soy superior a mi sexo teniendo tal padre y tal esposo? Confiadme vuestros proyectos; no los divulgaré. Para daros una prueba de mi firme constancia, me herí voluntariamente aquí, en el muslo. ¿Puedo llevar esto con paciencia y no los secretos de mi esposo?

BRUTO.—¡Oh dioses! ¡Hacedme digno de esta noble esposa! *(Llaman dentro.)* ¡Escuchemos ¡Escuchemos! Alguien me llama, Porcia. Retírate un instante y pronto compartirá tu pecho los secretos de mi corazón. ¡Te explicaré todos mis compromisos, todos los caracteres que la tristeza ha trazado sobre mi frente! ¡Déjame aprisa! *(Sale* PORCIA.) ¿Quién llama, Lucio?

Vuelve a entrar LUCIO *con* LIGARIO

LUCIO.—Aquí hay un enfermo que quiere hablaros.

BRUTO.—Cayo Ligario, de quien habló Metelo. Retírate, muchacho. ¡Cayo Ligario! ¿Qué hay?

LIGARIO.—Dignaos aceptar los buenos días de una lengua débil.

BRUTO.—¡Oh, qué tiempo habéis escogido, bravo Cayo, para llevar pañuelo! ¡Ojalá no estuvierais enfermo!

LIGARIO.—¡No lo estoy, si Bruto tiene entre manos alguna empresa digna de gloria!

BRUTO.—Tengo entre manos una empresa de tal índole, Ligario, que os co-

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

municaría si tuvierais salud para escucharla.

LIGARIO.—¡Por los dioses todos que veneran de rodillas los romanos, aquí depongo mi dolencia! ¡Alma de Roma! ¡Hijo valeroso, descendiente de antepasados ilustres! ¡Tú, como un exorcista, has levantado mi amortecido espíritu! ¡Mándame ahora, y emprenderé lo imposible; sí; y aun lograré realizarlo! ¿Qué hay que hacer?

BRUTO.—¡Una labor que devolverá la salud a los enfermos!

LIGARIO.—Pero ¿no hay ningún sano a quien debamos hacer enfermar?

BRUTO.—¡También habremos de hacer eso! Lo que sea, querido Cayo, te lo explicaré conforme vamos hacia aquel en quien deba realizarse.

LIGARIO.—¡Adelante, y con el corazón recién enardecido, os seguiré para llevar a cabo lo que ignoro; pero me basta con que Bruto me guíe!

BRUTO.—¡Seguidme entonces! *(Salen.)*

ESCENA II

El mismo lugar.—Palacio de César

Truenos y relámpagos. Entra CÉSAR *en traje de noche*

CÉSAR.—¡Ni los cielos ni la tierra han estado en paz esta noche! Tres veces ha gritado en sueños Calfurnia: «¡Socorro! ¡Ah! ¡Asesinan a César!» ¿Quién anda ahí dentro?

Entra un CRIADO

CRIADO.—¡Señor!

CÉSAR.—Ve a decir a los sacerdotes que celebren en seguida el sacrificio y me traigan su opinión sobre el resultado.

CRIADO.—Lo haré así, señor. *(Sale.)*

Entra CALFURNIA

CALFURNIA.—¿Qué intentáis, César? ¿Pensáis salir? ¡Hoy no os moveréis de casa!

CÉSAR.—¡César saldrá! ¡Los peligros que me han amenazado no miraron nunca sino mis espadas! ¡Cuando vieron el rostro de César se desvanecieron!

CALFURNIA.—¡César, jamás reparé en presagios; pero ahora me asustan! Cuenta uno ahí dentro que, aparte las cosas que hemos visto y oído, los guardias han presenciado prodigios horrendos. ¡Una leona ha parido en medio de la calle, y las tumbas se han entreabierto y vomitado a sus difuntos! ¡Guerreros feroces combatían encolerizados entre las nubes en filas y escuadrones y en exacta formación militar, haciendo lloviznar sangre sobre el Capitolio! ¡El fragor de la lucha atronaba los aires, y se oía el relinchar de los caballos, y el estertor de los moribundos, y los gritos y alaridos que daban en las calles los espectros! ¡Oh César! ¡Estas son cosas inusitadas y me infunden pavor!

CÉSAR.—¿Cómo puede evitarse que se cumpla lo que hayan dispuesto los altos dioses? No obstante, César saldrá, pues esas predicciones lo mismo se dirigen al mundo en general que a César.

CALFURNIA.—Cuando muere un mendigo no aparecen cometas. La muerte de los príncipes inflama a los propios cielos.

CÉSAR.—¡Los cobardes mueren varias veces antes de expirar! ¡El valiente nunca saborea la muerte sino una vez! ¡De todas las maravillas que he oído, la que mayor asombro me causa es que los hombres tengan miedo! ¡Visto que la muerte es un fin necesario, cuando haya de venir, vendrá!

Vuelve a entrar el CRIADO

¿Qué dicen los augures?

CRIADO.—Quisieran que no salieras hoy. Al extraer las entrañas de una ofrenda, no pudieron hallar dentro del pecho el corazón.

CÉSAR.—¡Eso lo hacen los dioses para vergüenza de la cobardía! César sería una bestia sin corazón si por miedo per-

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

maneciera hoy en su casa! ¡No, no lo hará César! ¡Demasiado sabe el peligro que más temible es César que él! ¡Somos dos leones nacidos el mismo día; pero yo vine el primero, y soy más aterrador! ¡César, pues, saldrá!

CALFURNIA.—¡Ay señor! Vuestra prudencia es anulada por vuestra confianza. ¡No salgáis hoy! ¡Decid que mi temor y no el vuestro os retiene en casa! Enviemos al Senado a Marco Antonio, y él anunciará que os halláis indispuesto. ¡Permitid que de rodillas os lo suplique!

CÉSAR.—Marco Antonio dirá que no estoy bien, y, por satisfacer tu capricho, me quedaré en casa.

Entra DECIO

He aquí a Decio Bruto; él lo comunicará así.

DECIO.—¡César, salud! ¡Buenos días, digno César! ¡Vengo a acompañaros al Senado!

CÉSAR.—Y llegáis lo más a propósito para ir a cumplimentar de mi parte a los senadores y decirles que no iré hoy. Que no puedo, sería falso, y que no me atrevo, más falso aún. Que no iré hoy; decidles esto únicamente, Decio.

CALFURNIA.—Aseguradles que está enfermo.

CÉSAR. — ¿César enviar una mentira? ¿He extendido tan lejos las conquistas de mi brazo para no atreverme a decir a unos cuantos ancianos la verdad? ¡Decio, id a comunicar que César no irá!

DECIO. — Poderosísimo César, dejadme alegar alguna causa para que no se burlen de mí cuando lo anuncie.

CÉSAR. — ¡La causa es mi voluntad! ¡Que no iré! Esto es bastante para satisfacer al Senado; pero, para vuestra satisfacción particular, os haré saber, pues os estimo, que es Calfurnia quien me retiene en casa. Anoche soñó que había visto mi estatua, de la cual, como de una fuente de cien aberturas, manaba un raudal de pura sangre, y que muchos intrépidos romanos venían risueños y empapaban sus manos en ella. Y creyendo ver en estos avisos presagios y peligros inminentes, me ha rogado de rodillas que permanezca hoy en casa.

DECIO. — Ese sueño está erróneamente interpretado. Más bien ha sido una visión feliz y venturosa. Vuestra estatua manando sangre por cien conductos, en la cual se bañan sonrientes muchos romanos, significa que la gran Roma recibirá por vos sangre que ha de regenerarla y que hombres ilustres se apresurarán a recogerla en tintes, manchas, reliquias y blasones. ¡Esto es lo que significa el sueño de Calfurnia!

CÉSAR.—¡Y le habéis dado una explicación exacta!

DECIO.—En efecto, y más la encontraréis cuando hayáis oído lo que tengo que comunicaros. Sabedlo ahora: el Senado ha resuelto conceder hoy una corona al poderoso César. Si mandáis a decir que no iréis, podrá cambiar de deseo. Además, probablemente se hallaría alguno que respondiera con burla: «Disolved el Senado hasta otra ocasión en que tenga mejores sueños la mujer de César.» Si César se esconde, ¿no susurrarán entre ellos: «¡Ya lo veis! ¡César tiene miedo!» Perdonadme, César; pero mi celo, mi tierno celo por vuestros progresos políticos, me impulsa a condenar vuestro proceder, y la razón ha sido siempre dócil a mis cariños.

CÉSAR. — ¡Qué ridículos me parecen ahora tus temores, Calfurnia! ¡Vergüenza siento de haber cedido a ellos! ¡Dadme mi manto, pues iré!

Entran PUBLIO, BRUTO, LIGARIO, METELO, CASCA. TREBONIO *y* CINA

¡Y mirad!... ¡Aquí viene Publio a llevarme!

PUBLIO.—¡Feliz madrugada, César!

CÉSAR. — ¡Bien venido, Publio! ¡Cómo! ¿También vos os habéis levantado tan temprano, Bruto? ¡Buenos días, Casca! Cayo Ligario, César no fué nun-

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

ca tan enemigo vuestro como esa calentura que os tiene enflaquecido. ¿Qué hora es?

BRUTO.—Han dado las ocho, César.

CÉSAR.—Os agradezco vuestra solicitud y cortesía.

Entra ANTONIO

¡Mirad! Antonio, que se entrega al placer hasta las altas horas de la noche, se ha levantado. ¡Buenos días, Antonio!

ANTONIO.—¡Así los tenga el muy noble César!

CÉSAR. — ¡Que se preparen dentro! ¡Hago mal en hacerme esperar tanto! ¡Vamos, Cina; en seguida, Metelo! ¿Qué hay, Trebonio? Tengo reservada una hora para charlar con vos. Acordaos de venir hoy a verme. Poneos cerca de mí para que no lo olvide.

TREBONIO.—¡Lo haré, César! *(Aparte.)* Y tan cerca me pondré, que vuestros mejores amigos lamentarán que no haya estado más lejos.

CÉSAR.—Buenos amigos, entrad y tomad conmigo un poco de vino; y después, como amigos, partiremos juntos.

BRUTO. — *(Aparte.)* Ser amigos y parecerlo, ¡qué diferencia! ¡Oh César! ¡El corazón de Bruto estalla al pensarlo! *(Salen.)*

ESCENA III

El mismo lugar.—Una calle contigua al Capitolio

Entra ARTEMIDORO *leyendo un papel*

ARTEMIDORO.—«César, guárdate de Bruto, ten cuidado con Casio, no te acerques a Casca, no apartes tus ojos de Cina, no te fíes de Trebonio, observa bien a Metelo Cimber. Decio Bruto no te quiere. Has ofendido a Cayo Ligario. Todos estos hombres no tienen más que un pensamiento, y éste se dirige contra César. Si no eres inmortal, vela por ti. La confianza abre el camino a la conspiración. Los prepotentes dioses te defiendan. Tu amigo, *Artemidoro.*» Aquí me quedaré hasta que César pase, y le entregaré esto como un solicitador. Mi corazón lamenta que la virtud no pueda vivir libre de la mordedura de la emulación. Si lees esto, ¡oh César!, podrás vivir. ¡Si no, los Destinos se habrán confabulado con los traidores! *(Sale.)*

ESCENA IV

Otra parte de la misma calle, ante la casa de Bruto

Entran PORCIA *y* LUCIO

PORCIA.—¡Por favor, muchacho, corre al Senado! ¡No te detengas a responderme!... ¡Marcha aprisa! ¿Qué esperas?

LUCIO.—Saber mi encargo, señora.

PORCIA.—¡Quisiera que fueras y volvieses antes de poder decirte lo que has de hacer allí! ¡Oh firmeza, ven en mi auxilio! ¡Levanta una montaña colosal entre mi corazón y mi lengua!... ¡Tengo el espíritu de un hombre, pero mi fortaleza es de mujer! ¡Qué difícil para la mujer guardar secretos; ¿Aún estás aquí?

LUCIO.—¿Qué debo hacer, señora? ¿Correr al Capitolio y nada más? ¿Y luego volver sin otro objeto?

PORCIA.—Sí, y avísame si tu amo se encuentra bien, muchacho, porque salió algo indispuesto. Y toma buena nota de lo que haga el César y qué solicitantes se le acercan. ¡Escucha, muchacho! ¿Qué ruido es ése?

LUCIO.—No oigo ninguno, señora.

PORCIA.—¡Pon atención, te lo ruego! ¡He oído un rumor tumultuoso, como de lucha, que el viento trae del Capitolio!

LUCIO. — En verdad, señora, no oigo nada.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

Entra un ADIVINO

PORCIA.—Acércate aquí, mozo. ¿Dónde has estado?

ADIVINO. — En mi propia casa, buena señora.

PORCIA.—¿Qué hora es?

ADIVINO.—Cerca de las nueve, señora.

PORCIA. — ¿Ha ido ya César al Capitolio?

ADIVINO.—Todavía no, señora. Voy a tomar puesto para verle pasar.

PORCIA. — ¿Tienes alguna pretensión cerca de César? ¿No es así?

ADIVINO.—En efecto, señora; y si César quiere ser tan bueno para César que me preste oídos, le encargaré que vele por sí propio.

PORCIA.—¡Pues qué! ¿Sabes quizá que se pretende hacerle algún daño?

ADIVINO. — Ninguno, que yo conozca; pero temo que pueda sucederle alguno muy grande. Me despido de vos. Aquí es estrecha la calle, y la muchedumbre de senadores, pretores y meros solicitantes que se agrupan tras las huellas de César estrujarían a un hombre débil hasta matarlo. Me iré a un sitio más ancho, y desde allí hablaré al gran César cuando pase. *(Sale.)*

PORCIA. — Retirémonos. ¡Ay de mí! ¡Qué débil cosa es el corazón de la mujer! ¡Oh Bruto! ¡Qué los cielos te secunden en tu empresa! Seguramente, el muchacho me ha oído decir: Bruto tiene una petición que César no acogerá. ¡Oh, me desmayo! ¡Corre, Lucio, y encomiéndame a mi señor! ¡Dile que estoy contenta, y vuelve al instante a repetirme lo que te diga! *(Salen separadamente.)*

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

Roma.—El Capitolio.—El Senado en sesión.—En la calle contigua al Capitolio, muchedumbre de gente; entre ellos, Artemidoro y el Adivino

Trompetería. Entran CÉSAR, BRUTO, CASIO, CASCA, DECIO, METELO, TREBONIO, CINA, ANTONIO, LÉPIDO, POPILIO, PUBLIO *y otros*

CÉSAR.—*(Al* ADIVINO.) ¡Ya han llegado los idus de marzo!

ADIVINO.—Sí, César; pero no han pasado aún.

ARTEMIDORO.—¡Salve, César! Lee este escrito.

DECIO.—Trebonio desea que echéis una ojeada, en un momento libre, sobre esta humilde petición suya.

ARTEMIDORO.—¡Oh César! Lee primero la mía, que toca más de cerca al César. ¡Léela, gran César!

CÉSAR.—Lo que no atañe más que a nuestra persona será examinado lo último.

ARTEMIDORO.—¡No la difieras, César! ¡Léela en seguida!

CÉSAR. — ¡Pero qué! ¿Está loco ese mozo?

PUBLIO.—¡Deja paso, tunante!

CASIO.—¿Qué es eso? ¿Insistís en vuestras peticiones en la calle? Venid al Capitolio.

CÉSAR *entra en el Capitolio. Los demás le siguen. Todos los Senadores se levantan*

POPILIO.—Deseo que vuestra empresa pueda hoy triunfar.

CASIO.—¿Qué empresa, Popilio?

POPILIO.—¡Que lo paséis bien! *(Se adelanta hacia César.)*

BRUTO.—¿Qué dice Popilio Lena?

CASIO.—Que desea que nuestra empresa pueda triunfar. ¡Temo que se hayan descubierto nuestros planes!

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

BRUTO.—¡Mira cómo se aproxima a César! ¡Obsérvale!

CASIO.—¡Sé rápido, Casca, pues tememos que se prevenga! ¿Qué debemos hacer, Bruto? ¡Si esto se descubre, ni Casio ni César volverán jamás vivos, pues me daré la muerte!

BRUTO.—¡Firmeza, Casio! ¡No es de nuestro proyecto de lo que habla Popilio Lena, pues, mirad, se sonríe y César no cambia!

CASIO.—¡Trebonio aprovecha su tiempo, pues ved, Bruto, cómo se lleva afuera a Marco Aurelio! *(Salen* ANTONIO *y* TREBONIO. CÉSAR *y los senadores ocupan sus asientos.)*

DECIO.—¿Dónde está Metelo Cimber? Que se adelante y presente en seguida su solicitud a César.

BRUTO. — ¡Está preparado! ¡Poneos junto a él y secundadle!

CINA.—¡Casca, vos sois el primero que ha de levantar la mano!

CÉSAR. — ¿Estamos todos dispuestos? ¿Qué abusos deben remediar ahora César y su Senado?

METELO.—¡Muy alto, muy grande y muy poderoso César! Metelo Cimber depone ante tus plantas un humilde corazón... *(Arrodillándose.)*

CÉSAR.—¡Debo advertirte, Cimber, que esas genuflexiones y rastreras cortesías pueden conmover a un hombre vulgar y transformar las sentencias y decretos primordiales en mandatos de niños! No te ilusiones pensando que César lleva una sangre tan rebelde que pueda cambiar su verdadera calidad con lo que hace palpitar al necio; es decir, con palabras melosas, con humillantes y encorvadas reverencias y sumisos halagos de perro faldero. ¡Tu hermano está desterrado por un decreto! ¡Si te postras y ruegas y adulas por él, te aparto de mi camino como a un gozque! ¡Sabe que César no es injusto, ni sin causa se dará por satisfecho!

METELO.—¿No hay ninguna voz más digna que la mía, que suene más grata a los oídos del gran César, para pedirle el retorno de mi expatriado hermano?

BRUTO.—Te beso la mano, César, pero sin adulación, suplicándote que otorgues a Publio Cimber un regreso inmediato y sin condiciones.

CÉSAR.—¡Cómo! ¡Bruto!

BRUTO.—¡Perdón, César; César, perdón! Casio se postra igualmente a tus pies para implorarte que restaures en sus derechos a Publio Cimber.

CÉSAR.—¡Podría ablandarme si fuera como vosotros! Si pudiera rebajarme a suplicar, los ruegos me conmoverían; pero soy constante como la estrella polar, que por su fijeza e inmovilidad no tiene semejanza con ninguna otra del firmamento. ¡Esmaltados están los cielos con innumerables chispas, todas de fuego y todas resplandecientes; pero entre ellas sólo una se mantiene en su lugar! Así ocurre en el mundo; poblado está de hombres, y los hombres se componen de carne y sangre y disfrutan de inteligencia. Y, sin embargo, sólo conozco uno entre todos que permanezca en su puesto, inconmovible a la presión. ¡Y que ése soy yo, dejadme probarlo con una sencilla muestra; firme he sido en que se desterrase a Cimber, y firme soy en mantenerlo así!

CINA.—¡Oh César!...

CÉSAR.—¡Fuera! ¿Pretendes elevar el Olimpo?

DECIO.—¡Gran César!...

CÉSAR.—¿No está Bruto arrodillado en vano?

CASCA.—¡Hablen mis manos por mí! (CASCA *hiere el primero a* CÉSAR, *después los demás conspiradores, y finalmente* MARCO BRUTO.)

CÉSAR.—*Et tú, Brute!* ¡Muere entonces, César! *(Muere. Los senadores y el pueblo huyen en tropel.)*

CINA. — ¡Libertad! ¡Independencia! ¡La tiranía ha muerto! ¡Corred, proclamadlo, pregonadlo por las calles!

CASIO.—¡Que suban algunos a las tribunas populares y griten: «¡Libertad, independencia y emancipación!»

BRUTO.—¡Pueblo y senadores, no os

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

asustéis! ¡No huyáis! ¡Permaneced quietos! ¡La ambición ha pagado su deuda!

CASCA.—¡Ocupad la tribuna, Bruto!

DECIO.—Y Casio también.

BRUTO.—¿Dónde está Publio?

CINA.—¡Aquí, completamente azarado con este tumulto!

METELO.—¡Apresurémonos juntos a la defensa, no sea que algún amigo de César intentara...!

BRUTO.—¡Nada de aprestarse a la defensa! ¡Animo tranquilo, Publio! ¡Ningún peligro amenaza a vuestra persona ni a la de ningún otro romano! ¡Decidlo así a todos, Publio!

CASIO.—¡Y dejadnos, Publio, no sea que el pueblo, precipitándose sobre nosotros, cause algún daño a vuestra ancianidad!

BRUTO.—Sí; hacedlo, y que nadie responda de las consecuencias de esta acción, sino nosotros, sus autores.

Vuelve a entrar TREBONIO

CASIO.—¿Dónde está Antonio?

TREBONIO.—¡Ha huido, atemorizado, a su casa! ¡Hombres, mujeres y niños se miran con terror, y corren y gritan como si fuera el día del Juicio!

BRUTO. — ¡Dadnos a conocer vuestra voluntad, destinos! ¡Sabemos que hemos de morir! ¡Sólo el instante y los días que restan es lo que importa al hombre!

CASIO. — ¡Bah! Quien merma veinte años de su vida, ésos suprime de estar temiendo a la muerte.

BRUTO.—¡Convenid en eso, y la muerte resulta entonces un beneficio! ¡De este modo somos amigos de César, pues hemos abreviado su tiempo de temor a la muerte! ¡Inclinémonos, romanos; inclinémonos y bañemos nuestras manos hasta el codo en la sangre de César, y salpiquemos con ella nuestras espadas! Salgamos después hasta la plaza pública y, blandiendo sobre nuestras cabezas las enrojecidas armas, clamemos todos: «¡Paz, independencia y libertad!»

CASIO.—¡Inclinémonos, pues, y lavémonos en su sangre! ¡Cuántos siglos verán representar esta sublime escena en naciones que están por nacer y en lenguas aún desconocidas!

BRUTO.—¡Cuántas veces se verá sangrar a César en simulacro! ¡Y ahora yace a los pies de Pompeyo, no más preciado que el polvo!

CASIO.—¡Y cuantas veces suceda, otras tantas se dirá de todos nosotros (1) que fuimos hombres que dieron la libertad a su patria!

DECIO.—¿Qué? ¿Salimos?

CASIO.—¡Sí; en marcha todos! ¡Bruto nos guiará, y nosotros le daremos por séquito los mejores y más valerosos corazones de Roma!

Entra un CRIADO

BRUTO. — ¡Atención! ¿Quién llega? ¡Uno de los de Antonio!

CRIADO.—Mi señor me encarga que me arrodille así, Bruto. Marco Antonio me ordena que así me postre, y una vez postrado, que diga de este modo: «Bruto es noble, sabio, valiente y leal. César era prepotente, audaz, regio y bondadoso. Di que amo a Bruto y que le honro. Di que temía a César, que le veneraba y le quería. Si Bruto se digna permitir que Antonio venga sin riesgo a su encuentro y le convence de que César ha merecido la muerte, Marco Antonio no amará más a César muerto que a Bruto vivo, sino que seguirá la suerte y empresas del noble Bruto, a través de los azares de esta situación crítica, con entera lealtad.» He aquí lo que dice Antonio, mi señor.

BRUTO.—Tu señor es un discretísimo y valiente romano. Jamás he pensado menos de él. Dile que si gusta venir a este lugar será satisfecho, y juro por mi honor que regresará sano y salvo.

(1) *The knot of us;* literalmente, el grupo de nosotros, de nuestro grupo.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

CRIADO. — Voy a traerle inmediatamente.

BRUTO.—Espero que le tendremos fácilmente por amigo.

CASIO.—Celebraría que fuese posible; pero confieso que le temo mucho, y mis presentimientos sagaces acertaron siempre.

Vuelve a entrar ANTONIO

BRUTO. — Pues aquí llega Antonio. ¡Bien venido, Marco Antonio!

ANTONIO.—¡Oh excelso César! ¿Tan abatido yaces? ¿Todas tus glorias, conquistas, triunfos y despojos se han reducido a tan pequeño espacio? ¡Adiós a ti! Desconozco, patricios, lo que intentáis; a quién debe aún practicarse una sangría; qué otro está pletórico. ¡Si yo soy yo, ninguna hora mejor para morir que la que ha visto caer a César, ni ningún instrumento la mitad tan digno como esas vuestras espadas, enriquecidas ya con la sangre más noble de todo el universo! ¡Si os soy odioso, os suplico que satisfagáis vuestros resentimientos ahora, mientras vuestras manos purpúreas humean y exhalan el vapor de la sangre! ¡Viviera cien años, y nunca me hallaría tan dispuesto a morir! ¡Ningún sitio me agradaría tanto como aquí, con César, ni ningún género de muerte como recibirla de vosotros, los altos y selectos espíritus de esta edad!

BRUTO.—¡Oh Antonio! ¡No supliquéis de nosotros la muerte! ¡Aunque ahora aparezcamos sanguinarios y crueles, como podéis juzgar por nuestras manos y por este acto que acabamos de consumar, no veáis sólo nuestras manos y su obra sangrienta! ¡Mirad nuestros corazones! ¡Son compasivos, y la compasión al infortunio general de Roma (pues como el fuego apaga al fuego, la compasión apaga la compasión) ha realizado este hecho en César! ¡En cuanto a vos, Marco Antonio, nuestras espadas tienen puntas de plomo! ¡Nuestros brazos, animados por la cólera, y nuestros corazones, de temple fraternal, os acogen con todo afecto, sana intención y reverencia!

CASIO.—Vuestro voto alcanzará tanto influjo como el que más en el reparto de las nuevas dignidades.

BRUTO. — Esperad únicamente a que hayamos apaciguado a la muchedumbre loca de miedo, y entonces os explicaremos por qué yo, que amaba a César en el instante de herirle, he procedido así

ANTONIO.—No dudo de vuestra rectitud. Tiéndame cada uno su mano ensangrentada. Primero, Marco Bruto, estrecharé la vuestra. En seguida, Cayo Casio, la de vos. Ahora, la de Decio Bruto la de Metelo; la vuestra, Cina, y la vuestra, mi valiente Casca. Y, por último aunque no inferior en mi afecto, la vuestra, buen Trebonio. Caballeros todos... ¡ay!, ¿qué diré? Mi reputación se asienta ahora sobre una pendiente tan resbaladiza, que sólo podréis considerarme de una de estas dos odiosas maneras: o como cobarde, o como adulador. ¡Te amé, César! ¡Oh, es verdad! Si tu alma nos contempla ahora, ¿no te afligirá aún más que tu muerte ver a Antonio hacer la paz estrechando los dedos sangrientos de tus enemigos (¡ah tú, el más noble) en presencia de tu cadáver? ¡Si tuviera yo tantos ojos como tú heridas y corrieran mis lágrimas con tanta abundancia como tu sangre, esto parecería más digno en mí que unirme en términos de amistad con tus adversarios! ¡Perdóname, Julio! ¡Intrépido ciervo, aquí fuiste acosado! ¡Aquí caíste y aquí están en pie tus cazadores con las señales de tus despojos y el carmesí de tu sangre! ¡Oh mundo! ¡Tú eres el bosque de este ciervo, y él era, en verdad, ¡oh mundo!, tu corazón. ¡Semejante a un venado herido por muchos príncipes, yaces aquí!

CASIO.—Marco Antonio...

ANTONIO. — ¡Perdóname, Cayo Casio! ¡Los enemigos de César dirán esto mismo! Luego en un amigo es fría moderación.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

CASIO.—No os censuro porque así elogiéis a César; pero ¿qué pacto pensáis hacer con nosotros? ¿Queréis ser contado en el número de nuestros amigos, o seguiremos nuestra marcha prescindiendo de vos?

ANTONIO.—Con ese fin os estreché las manos; pero, en verdad, me desvié de la cuestión al ver yacente a César. De todos vosotros soy amigo y a todos os aprecio, en la esperanza de que me daréis razones de cómo y por qué era César peligroso.

BRUTO.—¡De otra manera, sería éste un espectáculo salvaje! Nuestras razones son tan justas y bien fundadas, que aunque fuerais hijo de César, quedaríais satisfecho, Antonio.

ANTONIO.—Eso es cuanto busco. Y solicito además licencia para exhibir su cuerpo en la plaza pública y hablar desde la tribuna, como cumple a un amigo, en la celebración de sus exequias fúnebres.

BRUTO.—Lo harás, Marco Antonio.

CASIO.—Bruto, una palabra con vos. *(Aparte, a* BRUTO.) ¡No sabéis lo que estáis haciendo! ¡No permitáis que hable Antonio en el funeral! ¿Sabéis hasta qué punto puede conmoverse el pueblo con sus palabras?

BRUTO.—*(Aparte.)* Con vuestro permiso. Yo mismo subiré primero a la tribuna y expondré los motivos de la muerte de César, diré que hablará Antonio; que cuanto diga lleva nuestro consentimiento y sanción, y que nos complacemos en que se tributen a César todos los ritos y ceremonias legales. Esto nos proporcionará más ventajas que culpabilidad.

CASIO.—¡No sé lo que pueda sobrevenir! ¡No me gusta esto!

BRUTO.—Marco Antonio, aquí, tomad el cuerpo de César. En vuestra oración fúnebre no nos censuréis; pero hablad de César cuanto de bueno podáis imaginar, y decid que tenéis para ello nuestra venia. De lo contrario, no intervendréis de ningún modo en su funeral. Y hablaréis en la misma tribuna que yo ocupe y una vez que yo haya terminado mi discurso.

ANTONIO.—Sea así; no deseo más.

BRUTO.—Recoged, pues, el cuerpo y seguidnos. *(Salen todos menos* ANTONIO.)

ANTONIO.—¡Oh, perdóname, trozo de barro ensangrentado, que aparezca suave y humilde con estos carniceros! ¡Tú representas la ruina del hombre más insigne que viviera jamás en el curso de las épocas! ¡Ay de las manos que vertieron esta preciosa sangre! ¡Ante tus heridas frescas todavía (cuyas muchas bocas, cuyos rojizos labios se entreabren para invocar de mi lengua la voz y la expresión), profetizo ahora: caerá una maldición sobre los huesos del hombre; discordias intestinas y los furores de la guerra civil devastarán a Italia entera! ¡Sangre y destrucción serán tan comunes y las escenas de muerte tan familiares, que las madres se contentarán con sonreír ante la vista de sus niños descuartizados por las garras de la guerra! ¡Las acciones bárbaras sofocarán toda piedad! ¡Y el espíritu de César, hambriento de venganza, vendrá en compañía de Até, salida del infierno, gritará en estos confines con su regia voz: «¡Matanza!», y desencadenará los perros de la muerte; de suerte, que el hedor de este infame se elevará por encima de la tierra con las fétidas exhalaciones de las carroñas humanas solicitando sepultura!

Entra un CRIADO

¿Estáis al servicio de Octavio César? ¿No es cierto?

CRIADO.—Sí, Marco Antonio.

ANTONIO.—César le escribió para que viniera a Roma.

CRIADO.—Recibió sus cartas y está en camino. Me encargó que os dijera de viva voz una palabra... ¡Oh César!... *(Viendo el cuerpo.)*

ANTONIO.—¡Tu corazón es generoso! ¡Apártate y llora! Veo que la aflicción

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

es contagiosa, pues mis ojos, mirando esas cuentas de dolor que se desgranan en perlas de los tuyos, comienzan a humedecerse. ¿Está en camino tu amo?

CRIADO.—Esta noche quedará a unas siete leguas de Roma.

ANTONIO.—Vuelve en seguida a su encuentro y dile lo ocurrido. ¡Aquí no hay más que una Roma enlutada, una Roma peligrosa, no una Roma donde Octavio esté todavía seguro! Sal de aquí y adviértelo... Pero quédate un instante. No te marches hasta que yo haya transportado este cadáver a la plaza pública. Allí sondaré con mi arenga cómo ha recibido el pueblo la cruel decisión de esos hombres sanguinarios. Según lo que ocurra, darás cuenta al joven Octavio del estado de las cosas. Ayudadme. *(Salen con el cuerpo de* CÉSAR.)

ESCENA II

El Foro

Entran BRUTO *y* CASIO *y una turba de Ciudadanos*

CIUDADANOS. — ¡Queremos que se nos dé una explicación! ¡Que se nos explique!

BRUTO. — Pues seguidme y escuchad, amigos. Casio, id a la calle contigua y dividid la multitud. Los que deseen oírme, quédense aquí. Los que deseen acompañar a Casio, vayan con él y se expondrán públicamente las razones de la muerte de César.

CIUDADANO 1.º—Yo quiero oír hablar a Bruto.

CIUDADANO 2.º—Yo, a Casio, y así comparar sus razones cuando hayamos oído separadamente a uno y otro. *(Sale* CASIO *con algunos Ciudadanos.* BRUTO *ocupa el rostro o tribuna.)*

CIUDADANO 3.º—¡El noble Bruto ha subido a la tribuna! ¡Silencio!

BRUTO. — Tened calma hasta el fin. ¡Romanos, compatriotas y amigos! Oídme defender mi causa y guardad silencio para que podáis oírme. Creedme por mi honor y respetad mi honra, a fin de que me creáis. Juzgadme con vuestra rectitud y avivad vuestros sentidos para poder juzgar mejor. Si hubiese alguno en esta asamblea que profesara entrañable amistad a César, a él le digo que el afecto de Bruto por César no era menor que el suyo. Y si entonces ese amigo preguntase por qué Bruto se alzó contra César, ésta es mi contestación: «No porque amaba a César menos, sino porque amaba a Roma más.» ¿Preferiríais que César viviera y morir todos esclavos, a que esté muerto César y todos vivir libres? Porque César me apreciaba, le lloro; porque fué afortunado, le celebro; como valiente, le honro; pero por ambicioso, le maté. Lágrimas hay para su afecto, júbilo para su fortuna, honra para su valor, muerte para su ambición. ¿Quién hay aquí tan abyecto que quiera ser esclavo? ¡Si hay alguno, que hable, pues a él he ofendido! ¿Quién hay aquí tan estúpido que no quiera ser romano? ¡Si hay alguno, que hable, pues a él he ofendido! ¿Quién hay aquí tan vil que no ame a su patria? ¡Si hay alguno que hable, pues a él he ofendido! Aguardo una respuesta.

TODOS.—¡Nadie, Bruto, nadie!

BRUTO.—¡Entonces, a nadie he ofendido! ¡No he hecho con César sino lo que haríais con Bruto! Los motivos de su muerte están escritos en el Capitolio. Su gloria no se amengua, en cuanto la merecía, ni se exageran sus ofensas, por las cuales ha sufrido la muerte.

Entran ANTONIO *y otros con el cuerpo de* CÉSAR

Aquí llega su cuerpo, que, doliente, conduce Marco Antonio, quien, aunque no tomó parte en su muerte, percibirá los beneficios de ella, o sea un puesto en la República. ¿Quién de vosotros no obtendrá otro tanto? Con esto me des

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

oído: que igual que he muerto a mi mejor amigo por la salvación de Roma, tengo el mismo puñal para mí propio cuando plazca a mi patria necesitar mi muerte.

TODOS.—¡Viva Bruto! ¡Viva, viva!

CIUDADANO 1.º — ¡Conduzcámosle en triunfo hasta su casa!

CIUDADANO 2.º—¡Erijámosle una estatua, como a sus antepasados!

CIUDADANO 3.º — ¡Nombrémosle César!

CIUDADANO 4.º—¡Las mejores cualidades de César serán coronadas en Bruto!

CIUDADANO 1.º—¡Llevémosle a su casa entre vítores y aclamaciones!...

BRUTO.—¡Compatriotas!...

CIUDADANO 2.º — ¡Callad! ¡Silencio! Habla Bruto.

CIUDADANO 1.º—¡Callad, eh!

BRUTO.—Queridos compatriotas, dejadme marchar solo, y, en obsequio mío, quedaos aquí con Antonio. Honrad el cadáver de César y oíd la apología de sus glorias, que, con nuestro beneplácito, pronunciará Antonio. ¡Os lo suplico! Nadie, excepto yo, debe alejarse de aquí hasta que Antonio haya hablado! *(Sale.)*

CIUDADANO 1.º—¡Quedémonos, eh! Y oigamos a Marco Antonio.

CIUDADANO 3.º—Que suba a la tribuna pública y le escucharemos. ¡Subid, noble Antonio!

ANTONIO.—¡Por consideración a Bruto, quedo obligado a vosotros! *(Sube a la tribuna.)*

CIUDADANO 4.º—¿Qué dice de Bruto?

CIUDADANO 3.º—Dice que por consideración a Bruto queda obligado a nosotros.

CIUDADANO 4.º—¡Lo mejor sería que no hablase aquí mal de Bruto!

CIUDADANO 1.º—¡Este César era un tirano!

CIUDADANO 3.º—Sin duda alguna; y es una bendición para nosotros que Roma se haya librado de él.

CIUDADANO 2.º — ¡Silencio! ¡Escuchemos lo que Antonio diga!

ANTONIO.—¡Amables romanos!...

CIUDADANOS. — ¡Eh, silencio! ¡Oigámosle!

ANTONIO. — ¡Amigos romanos, compatriotas, prestadme atención! ¡Vengo a inhumar a César, no a ensalzarle! ¡El mal que hacen los hombres perdura sobre su memoria! ¡Frecuentemente el bien queda sepultado con sus huesos! ¡Sea así con César! El noble Bruto os ha dicho que César era ambicioso. Si lo fué, era la suya una falta grave, y gravemente la ha pagado. Con la venia de Bruto y los demás (pues Bruto es un hombre honrado, como son todos ellos, hombres todos honrados), vengo a hablar en el funeral de César. Era mi amigo, para mí leal y sincero; pero Bruto dice que era ambicioso. Y Bruto es un hombre honrado. Infinitos cautivos trajo a Roma, cuyos rescates llenaron el tesoro público. ¿Parecía esto ambición en César? Siempre que los pobres dejaban oír su voz lastimera, César lloraba. ¡La ambición debería ser de una sustancia más dura! No obstante, Bruto dice que era ambicioso, y Bruto es un hombre honrado. Todos visteis que en las Lupercales le presenté tres veces una corona real, y la rechazó tres veces. ¿Era esto ambición? No obstante, Bruto dice que era ambicioso, y, ciertamente, es un hombre honrado. ¡No hablo para desaprobar lo que Bruto habló! ¡Pero estoy aquí para decir lo que sé! Todos le amasteis alguna vez, y no sin causa. ¿Qué razón, entonces, os detiene ahora para no llevarle luto? ¡Oh raciocinio! Has ido a buscar asilo en los irracionales, pues los hombres han perdido la razón... ¡Perdonadme un momento! (1). ¡Mi corazón está ahí, en ese féretro, con César, y he de detenerme hasta que torne a mí!

CIUDADANO 1.º—Pienso que tiene mucha razón en lo que dice.

CIUDADANO 2.º—Si lo consideras dete-

(1) *Bear with me;* es decir, *be patient, be indulgent,* en el sentido de que le perdone un momento el auditorio, antes de reanudar su discurso.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

nidamente se ha cometido con César una gran injusticia.

CIUDADANO 3.º—¿Verdad que sí, ciudadanos? Temo que venga otro peor en su lugar.

CIUDADANO 4.º—¿Habéis notado sus palabras? No quiso aceptar la corona. Luego es cierto que no era ambicioso.

CIUDADANO 1.º—¡Si así resulta, les pesará a algunos!

CIUDADANO 2.º—¡Pobre alma! ¡Tiene los ojos enrojecidos como el fuego, de tanto llorar!

CIUDADANO 3.º—¡En Roma no existe un hombre más noble que Antonio!

CIUDADANO 4.º — Observémosle ahora. Va a hablar de nuevo.

ANTONIO.—¡Ayer todavía, la palabra de César hubiera podido prevalecer contra el universo! ¡Ahora yace ahí, y nadie hay tan humilde que le reverencie! ¡Oh señores! Si estuviera dispuesto a excitar al motín y a la cólera a vuestras mentes y corazones, sería injusto con Bruto y con Casio, quienes, como todos sabéis, son hombres honrados. ¡No quiero ser injusto con ellos! ¡Prefiero serlo con el muerto, conmigo y con vosotros, antes que con esos hombres tan honrados! Pero he aquí un pergamino con el sello de César. Lo hallé en su gabinete, y es su testamento. ¡Oiga el pueblo esta su voluntad (aunque, con vuestro permiso, no me propongo leerlo) e irá a besar las heridas de César muerto y a empapar sus pañuelos en su sagrada sangre! ¡Sí! ¡Reclamará un cabello suyo como reliquia, y al morir lo transmitirá por testamento como un rico legado a su posteridad!

CIUDADANO 4.º—¡Queremos oír el testamento! ¡Leedlo, Marco Antonio!

TODOS. — ¡El testamento! ¡El testamento! ¡Queremos oír el testamento de César!

ANTONIO. — ¡Sed pacientes, amables amigos! ¡No debo leerlo! ¡No es conveniente que sepáis hasta qué extremo os amó César! Pues siendo hombres, al oír el testamento de César os enfureceríais llenos de desesperación. Así, no es bueno haceros saber que os instituye sus herederos, pues si lo supierais, ¡oh!, ¿qué no habría de acontecer?

CIUDADANO 4.º—¡Leed el testamento; queremos oírlo, Antonio! ¡Es preciso que nos leáis el testamento! ¡El testamento de César!

ANTONIO.—¿Tendréis paciencia? ¿Permaneceréis un momento en calma? He ido demasiado lejos al deciros esto. Temo agraviar a los honrados hombres cuyos puñales traspasaron a César. ¡Lo temo!

CIUDADANO 2.º—¡Son unos traidores! ¡Hombres honrados!

TODOS.—¡Su última voluntad! ¡El testamento!

CIUDADANO 2.º—¡Son unos malvados, unos asesinos! ¡El testamento! ¡Leed el testamento!

ANTONIO.—¿Queréis obligarme, entonces, a leer el testamento? Pues bien: formad círculo en torno del cadáver de César y dejadme mostraros al que hizo el testamento. ¿Descenderé? ¿Me dais vuestro permiso?

TODOS.—¡Bajad!

CIUDADANO 2.º—¡Descended! (ANTONIO *desciende de la tribuna.)*

CIUDADANO 3.º—Estáis autorizado.

CIUDADANO 4.º — Formad círculo. Colocaos alrededor.

CIUDADANO 1.º—¡Apartaos del féretro, apartaos del cadáver!

CIUDADANO 2.º—¡Lugar para Antonio, para el muy noble Antonio!

ANTONIO.—¡No os agolpéis encima de mí! ¡Quedaos a distancia!

VARIOS CIUDADANOS.—¡Atrás! ¡Sitio! ¡Echaos atrás!

ANTONIO.—Si tenéis lágrimas, disponeos ahora a verterlas. ¡Todos conocéis este manto! Recuerdo cuando César lo estrenó. Era una tarde de estío, en su tienda, el día que venció a los nervios. ¡Mirad: por aquí penetró el puñal de Casio! ¡Ved qué brecha abrió el envidioso Casca! ¡Por esta otra le hirió su muy amado Bruto! ¡Y al retirar su

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

maldecido acero, observad cómo la sangre de César parece haberse lanzado en pos de él, como para asegurarse de si era o no Bruto el que tan inhumanamente abría la puerta! ¡Porque Bruto, como sabéis, era el ángel de César! ¡Juzgad, oh dioses, con qué ternura le amaba César! ¡Ese fué el golpe más cruel de todos, pues cuando el noble César vió que él también le hería, la ingratitud, más potente que los brazos de los traidores, le anonadó completamente! ¡Entonces estalló su poderoso corazón, y, cubriéndose el rostro con el manto, el gran César cayó a los pies de la estatua de Pompeyo que se inundó chorreando sangre!... ¡Oh, qué caída, compatriotas! ¡En aquel momento, yo y vosotros, y todos, caímos, y la traición sangrienta triunfó sobre nosotros! ¡Oh, ahora lloráis, y percibo sentir en vosotros la impresión de la piedad! ¡Esas lágrimas son generosas! ¡Almas compasivas! ¿Por qué lloráis, cuando aún no habéis visto más que la desgarrada vestidura de César? ¡Mirad aquí! ¡Aquí está él mismo, desfigurado (1), como veis, por los traidores!

CIUDADANO 1.º—¡Oh lamentable epectáculo!

CIUDADANO 2.º—¡Oh noble César!

CIUDADANO 3.º—¡Oh lamentable día!

CIUDADANO 4.º — ¡Oh traidores, villanos!

CIUDADANO 1.º—¡Oh cuadro sangriento!

CIUDADANO 2.º—¡Seremos vengados!...

TODOS. — ¡Venganza!... ¡Corramos!... ¡Buscad!... ¡Quemad!... ¡Incendiad!... ¡Matad!... ¡Degollad!... ¡Que no quede vivo un traidor!

ANTONIO.—¡Deteneos, compatriotas!

CIUDADANO 1.º—¡Silencio! ¡Oíd al noble Antonio!

CIUDADANO 2.º—¡Le escucharemos!... ¡Le seguiremos! ¡Moriremos con él!

ANTONIO. — ¡Buenos amigos, apreciables amigos, no os excite yo con esa repentina explosión de tumulto. Los que han consumado esta acción son hombres dignos. ¿Qué secretos agravios tenían para hacerlo? ¡Ay! Lo ignoro. Ellos son sensatos y honorables, y no dudo que os darán razones. ¡Yo no vengo, amigos, a concitar vuestras pasiones! Yo no soy orador como Bruto, sino como todos sabéis, un hombre franco y sencillo, que amaba a su amigo, y esto lo saben bien los que públicamente me dieron licencia para hablar de él. ¡Porque no tengo ni talento, ni elocuencia, ni mérito, ni estilo, ni ademanes, ni el poder de la oratoria, que enardece la sangre de los hombres! Hablo llanamente y no os digo sino lo que todos conocéis. ¡Os muestro las heridas del bondadoso César, pobres, pobres bocas mudas, y les pido que ellas hablen por mí! ¡Pues si yo fuera Bruto, y Bruto, Antonio, ese Antonio exasperaría vuestras almas y pondría una lengua en cada herida de César capaz de conmover y levantar en motín las piedras de Roma!

TODOS.—¡Nos amotinaremos!

CIUDADANO 1.º—¡Prendamos fuego a la casa de Bruto!

CIUDADANO 3.º—¡En marcha, pues!... ¡Venid! ¡Busquemos a los conspiradores!

ANTONIO.—¡Oídme todavía, compatriotas! ¡Oídme todavía!

TODOS.—¡Silencio, eh!... ¡Escuchad a Antonio!... ¡Muy noble Antonio!

ANTONIO.—¡Amigos, no sabéis lo que vais a hacer! ¿Qué ha hecho César para así merecer vuestros afectos? ¡Ay! ¡Aún

(1) *Marr'd*, en el texto, que también significa estropeado, magullado. Literalmente, es nuestra voz anticuada *marrido* o *amarrido*, que se lee ya en el *Poema de Mío Cid:* «mas déjanlas *marridas*, en briales y en camisas», y en Cervantes *(Quijote*, segunda parte, capítulo LXV): «Seis días estuvo Don Quijote en el lecho, marrido, triste, pensativo y mal acondicionado.» Los diccionarios españoles definen mal esta palabra por afligido, triste, melancólico. Quiere decir, sencillamente, desfigurado, estropeado, magullado, comoquiera que se deriva del anglosajón *merran*, cuya raíz es *mar:* estropear, dañar, desfigurar, corromper. Don Quijote estaba marrido a causa de su peligroso choque con el Caballero de la Blanca Luna, que le había dejado «molido y aturdido», «sin color y trasudando», como se lee en el capítulo LXIV.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

lo ignoráis! ¡Debo, pues, decíroslo! ¡Habéis olvidado el testamento de que os hablé!

TODOS.—¡Es verdad! ¡El testamento! ¡Quedémonos y oigamos el testamento!

ANTONIO.—Aquí está, y con el sello de César. A cada ciudadano de Roma, a cada hombre, individualmente, lega setenta y cinco dracmas.

CIUDADANO 2.º — ¡Qué noble César!... ¡Vengaremos su muerte!

CIUDADANO 3.º—¡Oh regio César!

ANTONIO.—¡Oídme con paciencia!

TODOS.—¡Silencio, eh!

ANTONIO.—Os lega, además, todos sus paseos, sus quintas particulares y sus jardines recién plantados a este lado del Tíber. Los deja a perpetuidad a vosotros y a vuestros herederos como parques públicos para que os paseéis y recreéis. ¡Este era un César! ¿Cuándo tendréis otro semejante?

CIUDADANO 1.º—¡Nunca, nunca! ¡Venid! ¡Salgamos, salgamos! ¡Quememos su cuerpo en el sitio sagrado e incendiemos con las teas las casas de los traidores! ¡Recoged el cadáver!

CIUDADANO 2.º—¡Id en busca de fuego!

CIUDADANO 3.º—¡Destrozad los bancos!

CIUDADANO 4.º — ¡Haced pedazos los asientos, las ventanas, todo! *(Salen los Ciudadanos con el cuerpo.)*

ANTONIO. — ¡Ahora prosiga la obra! ¡Maldad, ya estás en pie! ¡Toma el curso que quieras!

Entra un CRIADO

¿Qué ocurre, mozo?

CRIADO.—Señor, Octavio ha llegado a Roma.

ANTONIO.—¿Dónde está?

CRIADO.—El y Lépido se hallan en casa de César.

ANTONIO.—Voy inmediatamente a verle. Viene a medida del deseo. La Fortuna está de buen humor y, en su capricho, nos lo concederá todo.

CRIADO.—Le he oído decir que Bruto y Casio han escapado como locos por las puertas de Roma.

ANTONIO.—Es posible que tuvieran alguna información sobre los sentimientos del pueblo y de la manera como lo he sublevado. Llévame ante Octavio. *(Salen.)*

ESCENA III

Una calle

Entra CINA, *el poeta*

CINA.—Esta noche he soñado que estaba en un festín con César, y siniestros presagios obsesionaban mi imaginación. No tengo deseo de salir de casa, y, sin embargo, un algo desconocido me impulsa.

Entran Ciudadanos

CIUDADANO 1.º—¿Cuál es vuestro nombre?

CIUDADANO 2.º—¿Adónde vais?

CIUDADANO 3.º—¿Dónde vivís?

CIUDADANO 4.º—¿Sois casado o soltero?

CIUDADANO 2.º—Responded a cada uno inmediatamente.

CIUDADANO 1.º—Y brevemente.

CIUDADANO 4.º—Y sensatamente.

CIUDADANO 3.º—Y, francamente, os trae cuenta.

CINA.—¿Cuál es mi nombre? ¿Adónde voy? ¿Dónde vivo? ¿Si soy casado o soltero? ¿Y luego responder a cada uno inmediatamente y brevemente, sensatamente y francamente? Pues sensatamente, digo que soy soltero.

CIUDADANO 2.º—Eso es tanto como decir que los que se casan son imbéciles. Temo que eso os va a costar un golpe. Prosigue inmediatamente.

CINA.—Inmediatamente, voy a los funerales de César.

CIUDADANO 1.º—¿Como amigo o como enemigo?

CINA.—Como amigo.

CIUDADANO 2.º—Este punto está contestado inmediatamente.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

CIUDADANO 4.º—Ahora, vestra residencia, brevemente.

CINA. — Brevemente, resido cerca del Capitolio.

CIUDADANO 3.º.—Vuestro nombre, señor, francamente.

CINA. — Francamente, mi nombre es Cina.

CIUDADANO 1.º—¡Desgarradle en pedazos! ¡Es un conspirador!

CINA. — ¡Soy Cina, el poeta! ¡Soy Cina, el poeta!

CIUDADANO 4.º — ¡Desgarradle por sus malos versos! ¡Desgarradle por sus malos versos!

CINA.— ¡No soy Cina, el conspirador!

CIUDADANO 4.º—¡No importa, se llama Cina! ¡Arrancadle solamente su nombre del corazón y dejadle marchar!

CIUDADANO 3.º—¡Desgarradle! ¡Desgarradle! ¡Vengan teas! ¡Eh! ¡Teas encendidas! ¡A casa de Bruto! ¡A casa de Casio! ¡Arda todo! ¡Vayan algunos a casa de Decio, y otros a la de Casca, y otros a la de Ligario! ¡En marcha! ¡Vamos! *(Salen.)*

ACTO CUARTO

ESCENA PRIMERA

Roma.—Habitación en casa de Antonio

ANTONIO, OCTAVIO *y* LÉPIDO, *sentados alrededor de una mesa*

ANTONIO.—Todos éstos, entonces, tienen que morir. Quedan sus nombres anotados.

OCTAVIO.—Es preciso que vuestro hermano muera también. ¿Consentís, Lépido?

LÉPIDO.—Consiento.

OCTAVIO.—Anotadlo, Antonio.

LÉPIDO.—Pero a condición de que no vivirá Publio, el hijo de vuestra hermana, Marco Antonio.

ANTONIO.—No vivirá. Mirad: con esta señal le condeno. Mas id, Lépido, a casa de César, traed el testamento, y veremos el modo de suprimir algunas mandas de los legados.

LÉPIDO. — Qué ¿os encontraré luego aquí?

OCTAVIO.—Aquí o en el Capitolio. *(Sale* LÉPIDO.)

ANTONIO. — Este es un majadero, sin mérito alguno, que sólo sirve para hacer recados. ¿Conviene que, dividido el mundo en tres partes, venga él a ser uno de los tres que lo disfruten?

OCTAVIO.—Así pensasteis de él, y pedisteis su voto sobre quiénes debían ser anotados para morir en nuestra negra lista de proscripción.

ANTONIO.—He vivido más que vos. Octavio, y aunque confiáramos tales honores a este hombre, a fin de aliviarnos de varias cargas odiosas, él no los llevará sino como el asno el oro, jadeando o arreado, según le señalemos el camino. Y cuando haya conducido nuestro tesoro a donde nos convenga, entonces se le quita la carga, y, como a asno descargado, se le deja marchar a sacudir las orejas y a que pazca en los prados comunales.

OCTAVIO.—Podéis hacer lo que queráis; pero es un soldado experto y valiente.

ANTONIO.—También lo es mi caballo, Octavio, y por eso le asigno abundante ración de pienso. Es una criatura a la que he enseñado a combatir, encabritarse, detenerse y correr en línea recta, gobernados siempre por mi inteligencia los movimientos de su cuerpo. Hasta cierto punto, Lépido no es otra cosa. Necesita ser adiestrado, dirigido y estimulado e ir delante. Es un individuo de ingenio estéril, que se alimenta de miga-

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

jas, desechos e imitaciones, que usados y vulgarizados por otro, para él constituyen la última moda. No hablemos de él sino como de un trasto. Y ahora, Octavio, oid grandes cosas: Bruto y Casio están reclutando fuerzas. Debemos hacerles frente sin demora. Pensemos, pues, en combinar nuestra alianza, asegurémonos de nuestros amigos más leales, ensanchemos nuestros recursos y reunámonos en seguida en consejo para poder descubrir mejor los planes ocultos y afrontar los peligros evidentes.

OCTAVIO.—Hagámoslo así; porque estamos en el poste. Numerosos contrarios nos rodean y ladran, y me temo que algunos de los que nos sonríen abrigan en su corazón infinitas maldades. *(Salen.)*

ESCENA II

Campo cerca de Sardis.—Ante la tienda de Bruto

Tambores. Entran BRUTO, LUCILIO, LUCIO *y Soldados. Los acompañan* TITINIO *y* PÍNDARO

BRUTO.—¡Alto, eh!

LUCILIO.—¡Dad la seña, eh! ¡Y alto!

BRUTO.—¿Qué hay, Lucilio? ¿Está cerca Casio?

LUCILIO.—Está al llegar, y Píndaro ha venido a saludarme de parte de su señor.

BRUTO. — Me saluda amistosamente. Vuestro amo, Píndaro, sea por propia mudanza o por mal consejo de sus oficiales, me ha dado motivos suficientes para ansiar que ciertas cosas hechas se deshicieran; pero, si está tan próximo, obtendré explicaciones de él.

PÍNDARO.—No dudo que mi noble señor aparecerá tal como es, lleno de discreción y honorabilidad.

BRUTO.—No se duda de él. Una palabra, Lucilio. ¿Cómo os recibió? Que yo lo sepa.

LUCILIO.—Con bastante respeto y cortesía, pero no con las mismas pruebas de familiaridad ni con aquel libre y amistoso trato que antes le eran habituales.

BRUTO.—Acabas de describirme al ardoroso amigo que se entibia. Observad, Lucilio, que cuando la amistad comienza a debilitarse y decaer, afecta ceremonias forzadas. La fe pura y sencilla no admite disfraces. Pero los hombres hipócritas, como los caballos fogosos al comienzo (1), hacen alarde y ostentación de su energía; mas cuando sienten la sangrienta espuela, amagan la testa. Y, como rocines falsos, sucumben en la prueba. ¿Se adelantan sus tropas?

LUCILIO.—Tienen intención de acampar esta noche en Sardis. El grueso del ejército, la caballería en general, viene con Casio. *(Marcha dentro.)*

BRUTO. — ¡Escuchad! Ya ha llegado. Vamos noblemente a su encuentro.

Entran CASIO *y Soldados*

CASIO.—¡Firmes! ¡Eh!

BRUTO.—¡Firmes! Transmitid la seña a lo largo de las filas.

SOLDADO 1.º—¡Firmes!

SOLDADO 2.º—¡Firmes!

SOLDADO 3.º—¡Firmes!

CASIO.—Habéis sido injusto conmigo, mi muy noble hermano.

BRUTO.—¡Juzgadme, dioses! ¿Soy injusto con mis amigos? Y si no lo soy, ¿cómo podía serlo con un hermano?

CASIO.—Bruto, bajo esa templada apariencia encubrís injurias. Y cuando las causáis...

BRUTO. — ¡Conteneos, Casio! Exponed quedamente vuestras quejas. Os conozco bien. Aquí, en presencia de nuestros dos ejércitos, que no deben ser en nosotros sino cariño, no discutamos. Mandad que se retiren. Después, en mi tienda, extendeos en vuestros agravios, Casio, y yo os prestaré atención.

CASIO.—Píndaro, decid a nuestros jefes que retiren sus tropas a alguna distancia.

BRUTO. — Haced igual, Lucilio, y que

(1) *Hot at hand.* Según Onions, *at hand* significa aquí *at the beginning, at the start.*

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

nadie se acerque a nuestra tienda hasta que haya dado fin nuestra entrevista. Que Lucio y Titinio guarden la entrada. *(Salen.)*

ESCENA III

La tienda de Bruto

Entran BRUTO *y* CASIO

CASIO.—Que habéis obrado injustamente conmigo se demuestra en esto: habéis condenado e infamado a Lucio Pella por recibir sumas ilícitas de los ardianos, por donde mis cartas intercediendo en su favor, pues le conozco, han sido acogidas con desprecio.

BRUTO.—Vos mismo os hicisteis injuria por escribir sobre tal caso.

CASIO.—En tiempos como éstos no debe llevar su comentario cada falta insignificante.

BRUTO.—Permitidme que os diga, Casio, que vos, vos mismo, sois muy censurado por tener una mano codiciosa para vender y traficar por oro nuestros empleos a gente indigna.

CASIO.—¡Yo una mano codiciosa!... ¡Bruto, sabéis que sois vos el que habla eso, o, ¡por los dioses!, éstas fueran vuestras últimas palabras!

BRUTO.—El nombre de Casio encubre tal corrupción, y por ello el castigo no se atreve a levantar la cabeza.

CASIO.—¡El castigo!

BRUTO.—¡Acordaos de marzo! ¡Acordaos de los idus de marzo! ¿No fué por hacer justicia por lo que corrió la sangre del gran Julio? ¿Qué miserable tocó su cuerpo y lo hirió que no fuera por justicia? ¡Qué! ¡Habrá alguno de nosotros, los que inmolamos al hombre más grande de todo este mundo, sólo porque amparó ladrones, que manche ahora sus dedos con bajos sobornos y venda la elevada extenión de nuestros amplios honores por la vil basura que así puede obtenerse? ¡Antes que semejante romano, preferiría ser un perro y ladrar a la luna!

CASIO.—¡Bruto, no me provoquéis, que no lo sufriré! ¡Os olvidáis de vos mismo al trazarme límites! Soy un soldado, un soldado más antiguo en la práctica, más competente que vos mismo para dictar condiciones.

BRUTO.—¡Quitad allá! ¡Vos no sois Casio!

CASIO.—¡Lo soy!

BRUTO.—¡Os digo que no!

CASIO.—¡No me irritéis más, que me olvidaré de mí mismo! ¡Pensad en vuestra existencia! ¡No me tentéis demasiado!

BRUTO.—¡Fuera, majadero!

CASIO.—¿Es posible?

BRUTO.—¡Escuchadme, pues quiero que me oigáis! ¿Debo dar lugar y curso libre a vuestra cólera temeraria? ¿Temblaré porque me mire un loco?

CASIO.—¡Oh dioses! ¡Oh dioses! ¿He de sufrir todo esto?

BRUTO.—¡Todo esto!... ¡Sí, y más! ¡Enfucereos hasta que estalle vuestro altivo corazón! ¡Id, patentizad a vuestros siervos lo colérico que sois, y que tiemblen vuestros esclavos! ¿Ceder yo? ¿Mimaros? ¿Detenerme y postrarme ante vuestro terco humor? ¡Por los dioses, que digeriréis el veneno de vuestro coraje, aunque os haga reventar, pues desde hoy os tomaré como mi pensamiento, sí, como mi hazmerreír, cuando os halléis irritado!

CASIO.—¿A esto hemos venido?

BRUTO.—¡Decís que sois mejor soldado! ¡Pues hacedlo ver! Justificad vuestra jactancia, y yo lo celebraré. Por lo que a mí respecta, me alegraría recibir lecciones de hombres experimentados.

CASIO.—¡Sois injusto conmigo, Bruto; injusto por todos conceptos! ¡Dije más antiguo, no mejor soldado! ¿Dije mejor?

BRUTO.—¡Si lo dijisteis, no me importa!

CASIO.—¡Cuando César vivía, no se hubiera atrevido a provocarme así!

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

BRUTO.—¡Silencio, silencio! ¡No os hubierais atrevido a tentarlo de ese modo!

CASIO.—¡Que no me hubiera atrevido!

BRUTO.—¡No!

CASIO.—¡Cómo! ¿No me hubiera atrevido a provocarle?

BRUTO.—¡Por vuestra vida que no!

CASIO.—¡No confiéis demasiado en mi afecto, que podría hacer algo que sintiera después!

BRUTO.—¡Ya habéis hecho lo que debíais sentir! ¡No hay terror, Casio, en vuestras amenazas, porque estoy tan fuertemente armado de honradez, que pasan sobre mí como el vano soplo del viento, al que no presto atención! ¡Os mandé pedir ciertas sumas de oro, que me habéis negado; porque yo no sé procurarme dinero por procedimientos viles! ¡Por el Cielo! ¡Antes acuñaría mi corazón, trocando las gotas de mi sangre en dracmas, que arrancar de las endurecidas manos de los campesinos su mísero peculio por medios ilícitos!... ¡Os mandé pedir dinero para pagar mis legiones, y me lo negasteis! ¿Procedisteis como Casio? ¿Habría yo respondido así a Cayo Casio? ¡Cuando Marco Bruto se vuelva tan sórdido que cierre con llave a sus amigos esas miserables piezas, aprestad, dioses, todos vuestros rayos y hacedle pedazos!

CASIO.—¡No os negué nada!

BRUTO.—¡Lo negasteis!

CASIO.—¡No lo negué! ¡Era un idiota el que trajo mi respuesta! ¡Bruto ha destrozado mi corazón! Un amigo debiera conllevar las flaquezas de sus amigos; pero Bruto agranda las mías.

BRUTO.—¡No, basta que me habéis hecho víctima de ellas!

CASIO.—¡No me estimáis!

BRUTO.—¡No estimo vuestras faltas!

CASIO.—¡Los ojos de un amigo no debieran ver nunca esas faltas!

BRUTO.—¡No las verían los de un adulador, aunque son tan enormes como el alto Olimpo!

CASIO.—¡Venid, Antonio, y venid, joven Octavio! ¡Saciad vuestra venganza en Casio únicamente, pues Casio está harto del mundo, aborrecido por aquel a quien ama, ultrajado por su hermano, reprendido como un siervo, con todas sus faltas observadas, apuntadas en un libro de notas, estudiadas y aprendidas de memoria para arrojárselas al rostro! ¡Oh! ¡Mi alma podría escaparse de mis ojos con mi llanto! ¡He aquí mi puñal, y he aquí mi pecho desnudo, y dentro, un corazón más valioso que las minas de Pluto, más rico que el oro! ¡Si eres un digno romano, tómalo! ¡Yo, que te negué el oro, te entrego mi corazón! ¡Hiere, como hiciste con César, pues sé que cuando más le odiaste le estimabas mucho más de lo que siempre quisiste a Casio!

BRUTO.—Envainad vuestro puñal. Encolerizaos cuando os plazca; ya os desahogaréis, y haced vuestro deseo. ¡El deshonor mismo será una chanza! ¡Oh Casio! ¡Estáis uncido a un cordero, que lleva la cólera como el fuego al pedernal, que, golpeando fuertemente despide una chispa rápida y se enfría al instante!

CASIO.—¿Ha vivido Casio para servir de hazmerreír y pasatiempo a su Bruto cuando el pesar y la sangre destemplada le enardecían?

BRUTO.—¡Cuando hablé así me hallaba muy destemplado!

CASIO.—¿Lo reconocéis? Dadme vuestra diestra.

BRUTO.—¡Y mi corazón también!

CASIO.—¡Oh Bruto!

BRUTO.—¿Qué os sucede?

CASIO.—¿No tenéis afecto suficiente para sufrirme cuando este genio violento que heredé de mi madre me hace olvidar todo?

BRUTO.—Sí, Casio, y en lo sucesivo, cuando os exaltéis en demasía con vuestro Bruto, él pensará que regaña vuestra madre, y asunto arreglado.

POETA.—*(Dentro.)* ¡Dejadme entrar a ver a los generales! ¡Hay algún resentimiento entre ellos! ¡No conviene dejarlos solos!

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

LUCIO.—*(Dentro.)* ¡Pues no llegaréis hasta su presencia!

POETA.—*(Dentro.)* ¡Nada sino la muerte me detendrá!

Entra el POETA, *seguido de* LUCILIO, TITINIO *y* LUCIO

CASIO.—¿Qué hay? ¿Qué pasa?

POETA.

¡Generales, qué oprobio! ¿Qué intentáis?
Haya amor y amistad, como es debido.
Más años que vosotros he vivido.

CASIO.—¡Ja! ¡Ja! ¡Qué detestablemente rima el cínico!

BRUTO.—¡Fuera de aquí, sinvergüenza! ¡Lárgate, impertinente!

CASIO.—¡Tened indulgencia con él, Bruto; es su estilo!

BRUTO.—¡Yo sabré soportar su genialidad cuando él sepa ser oportuno!... ¿Qué tiene que ver la guerra con estos locos danzantes? ¡Fuera, camarada!

CASIO.—¡Vamos, vamos; marchad!... *(Sale el* POETA.)

BRUTO.—Lucilio y Titinio, encargad a los jefes que preparen alojamiento a sus compañías esta noche.

CASIO.—Y regresad y traednos inmediatamente a Mesala. *(Salen* LUCILIO *y* TITINIO.)

BRUTO.—Lucio, ¿una taza de vino?... *(Sale* LUCIO.)

CASIO.—¡No pensé que fuerais tan propenso al furor!

BRUTO.—¡Oh Casio, me afligen grandes dolores!

CASIO.—¡Mal aplicáis vuestra filosofía si cedéis a desdichas pasajeras!

BRUTO.—¡Nadie como yo soporta el dolor! ¡Porcia ha muerto!

CASIO.—¡Eh! ¿Porcia?

BRUTO.—¡Ha muerto!

CASIO.—¿Cómo no me habéis dado muerte cuando así os he contrariado? ¡Oh pérdida aplastante y desgarradora! ¿De qué enfermedad?

BRUTO.—Impaciente por mi ausencia y apenada de que el joven Octavio y Marco Antonio se hayan hecho tan fuertes (pues con su muerte recibí esta noticia), se extravió su razón, y, en ausencia de sus criadas, tragó carbones encendidos.

CASIO.—¿Y ha muerto así?

BRUTO.—¡Así, exactamente!

CASIO.—¡Oh dioses inmortales!

Entra LUCIO *con vino y bujías*

BRUTO.—¡No hablemos más de ella! ¡Dame un vaso de vino! En esto entierro todo enojo, Casio. *(Bebe.)*

CASIO.—¡Mi corazón está sediento de este noble brindis! ¡Llena, Lucio, llena de vino la copa hasta que se derrame! Jamás beberé lo bastante por el afecto de Bruto. *(Bebe.)*

BRUTO.—¡Adelante, Titinio! *(Sale* LUCIO.)

Vuelve a entrar TITINIO *con* MESALA

¡Bien venido, buen Mesala! Sentémonos ahora aquí, en torno de esta vela, y examinemos las necesidades de nuestra situación!

CASIO.—¡Porcia! Y ¿eres ida?

BRUTO.—¡No más, os lo suplico! Mesala, he recibido cartas de que el joven Octavio y Marco Antonio avanzan sobre nosotros con poderosas fuerzas y dirigen su marcha hacia Filipos.

MESALA.—Tengo cartas por el mismo tenor.

BRUTO.—¿Añaden algo más?

MESALA.—Que, por proscripciones y decretos ilegales, Octavio, Antonio y Lépido han condenado a muerte a un centenar de senadores.

BRUTO.—No concuerdan nuestras cartas en ese punto. Las mías hablan sólo de setenta senadores muertos por sus proscripciones, siendo Cicerón uno.

CASIO.—¡Cicerón uno!

MESALA.—Cicerón ha muerto y en virtud de esa orden de proscripción. ¿Habéis recibido cartas de vuestra esposa, señor?

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

BRUTO.—No, Mesala.

MESALA.—¿No hay ninguna cosa de ella escrita en esas cartas?

BRUTO.—Ninguna, Mesala.

MESALA.—Me parece extraño.

BRUTO.—¿Por qué lo preguntáis? ¿Os hablan algo de ella en las vuestras?

MESALA.—No, señor.

BRUTO. — ¿Vamos, como romano que sois, decidme la verdad!

MESALA. — Pues, como romano, soportadla; porque, ciertamente, ha muerto, y de extraña manera.

BRUTO.— ¡Adiós, pues, Porcia! Tenemos que morir, Mesala; y meditando en que ella había de finar un día, hallo resignación para sufrir esto ahora.

MESALA.— ¡Así es como deben conllevar los grandes hombres sus grandes infortunios!

CASIO.—*En teoría, sé* tanto de eso como vos; pero mi naturaleza de ningún modo podría soportarlo así.

BRUTO —Bien; en lo que concierne a los vivos: ¿qué opináis de marchar inmediatamente a Fillpos?

CASIO.—No lo creo conveniente.

BRUTO.—¿Por qué razón?

CASIO.—Por ésta: es preferible que el enemigo nos busque. Así consumirá sus recursos y cansará a sus soldados, haciéndose daño a sí propio; mientras que nosotros, permaneciendo inmóviles, estamos descansado, fuertes para la defensa y ágiles.

BRUTO.—Los buenos argumentos deben ceder necesariamente ante los mejores. Los pueblos enclavados entre Filipos y esta región se mantienen en una adhesión forzada, pues de mal grado nos dieron los impuestos. El enemigo, marchando por entre ellos, engrosará con ellos sus filas y vendrá refrescado, acrecido y brioso. Pero le quitaremos esta ventaja si le hacemos frente en Filipos, dejando a nuestra espalda estos pueblos.

CASIO.—Escuchadme, querido hermano.

BRUTO.—Perdonadme. Debéis tener presente, además, que nuestros amigos nos dieron ya lo último, nuestras legiones están completas y nuestra causa en sazón. El enemigo crece cada día. Nosotros en la cúspide, estamos expuestos al reflujo. Existe una marea en los asuntos humanos que, tomada en pleamar, conduce a la fortuna; pero, omitida, todo el viaje de la vida va circuído de escollos y desgracias. En la pleamar flotamos ahora, y debemos aprovechar la corriente cuando es favorable, o perder nuestro cargamento.

CASIO.—Entonces vamos, como deseáis. Nos pondremos en marcha y los encontraremos en Filipos.

BRUTO.—Mientras hablábamos, las sombras de la noche nos han sorprendido y la Naturaleza debe obedecer a la necesidad. La satisfaremos mezquinamente con un breve reposo. ¿No hay más que decir?

CASIO.—Nada más. ¡Buenas noches!.. Nos levantaremos mañana con la aurora, y en marcha.

BRUTO.—¡Lucio!

Vuelve a entrar LUCIO

¡Mi manto! *(Sale* LUCIO.) ¡Adiós, querido Mesala! ¡Buenas noches, Titinio ¡Noble, noble Casio, buenas noches y buen reposo!

CASIO.—¡Oh mi querido hermano!.. ¡La noche tuvo un mal principio! ¡Que jamás se susciten entre nuestras almas semejantes discordias! ¡No lo permitáis Bruto!

BRUTO.—¡Todo ha pasado ya!

CASIO.—¡Felices noches, señor!

BRUTO.—¡Felices noches, querido hermano!

TITINIO y MESALA. — ¡Buenas noches Bruto!

BRUTO.—¡Adiós a todos! *(Salen todos menos* BRUTO.)

Vuelve a entrar LUCIO *con el manto*

Dame el manto. ¿Dónde está tu instrumento?

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

LUCIO.—Aquí, en la tienda.

BRUTO.—¡Cómo! ¿Hablas medio dormido? ¡Pobre muchacho! No te reprendo; velas demasiado. Llama a Claudio y a algún otro de mis criados. ¡Haré que descansen en mi tienda sobre cojines!

LUCIO.—¡Varrón! ¡Claudio!

Entran VARRÓN *y* CLAUDIO

VARRÓN.—¿Llamabais, señor?

BRUTO.—¡Tened la bondad, señores, de acostaros en mi tienda y dormir! Puede que os tenga que levantar para asuntos con mi hermano Casio.

VARRÓN.—Si os parece, permaneceremos en pie, aguardando vuestras órdenes.

BRUTO.—No lo permitiré. ¡Acostaos, queridos señores! Tal vez mude de pensamiento. ¡Mira, Lucio, aquí está el libro que tanto buscaba! Lo puse en el bolsillo de mi manto. *(*VARRÓN *y* CLAUDIO *se acuestan.)*

LUCIO.—Estaba seguro de que su señoría no me lo había entregado.

BRUTO.—¡Perdóname, buen muchacho; soy un olvidadizo! ¿Puedes abrir por un rato tus ojos soñolientos y tocar en tu instrumento una o dos tonadas?

LUCIO.—Sí, señor, si os place.

BRUTO.—Hazlo, muchacho. Te molesto demasiado; pero tienes buena voluntad.

LUCIO.—Es mi deber, señor.

BRUTO.—No reclamaría yo tu deber más allá de tus fuerzas. Sé que la sangre joven necesita su tiempo de reposo.

LUCIO.—He dormido ya, señor.

BRUTO.—Has hecho bien, y dormirás de nuevo. No te detendré largo rato. Si vivo, seré bueno para ti. *(Música y una canción.)* Es un aire soñoliento... ¡Oh sueño asesino! ¿Dejas caer tu maza de plomo sobre mi joven, que te ofrece música? ¡Gentil mancebo, buenas noches! ¡No seré tan cruel que te despierte! ¡Si cabeceas, vas a romper tu instrumento! Te lo quitaré. ¡Buenas noches, buen muchacho!... Vamos a ver. ¿No está doblada la hoja donde dejé la lectura? Aquí es, creo. *(Se sienta.)*

Entra la SOMBRA *de* CÉSAR

¡Qué mal arde esa vela!... ¡Ah!... ¿Quién viene? ¡Pienso que es la debilidad de mis ojos la que informa esa monstruosa aparición!... ¡Se me acerca!... ¿Eres algo? ¿Eres algún dios, ángel o demonio que haces que se hiele mi sangre y se me ericen los cabellos? ¡Dime quién eres!...

SOMBRA.—¡Tu espíritu malo, Bruto!

BRUTO.—¿A qué vienes?

SOMBRA.—¡A decirte que me verás en Filipos!...

BRUTO.—Bien. Entonces, ¿he de verte de nuevo?...

SOMBRA.—Sí, en Filipos...

BRUTO.—Pues te veré, entonces, en Filipos... *(Desaparece la* SOMBRA.) ¡Ahora que he recobrado el ánimo te desvaneces!... ¡Mal espíritu, quisiera hablar más contigo!... ¡Muchacho, Lucio! ¡Varrón! ¡Claudio! ¡Señores, despertad! ¡Claudio!

LUCIO.—¡Señor, las cuerdas están destempladas!

BRUTO.—¡Piensa que todavía se halla con su instrumento! ¡Despierta, Lucio!

LUCIO.—¡Señor!

BRUTO.—¿Es que soñabas, Lucio, para gritar así?

LUCIO.—Señor, no creo haber gritado.

BRUTO.—¡Sí que lo has hecho! ¿Viste alguna cosa?

LUCIO.—Nada, señor.

BRUTO.—Sigue durmiendo, Lucio... ¡Claudio, pícaro! *(A* VARRÓN.) ¡Tú, amigo, despertad!

VARRÓN.—¡Señor!

CLAUDIO.—¡Señor!

BRUTO.—¿Por qué habéis gritado así, señores, y en vuestro sueño?

VARRÓN y CLAUDIO.—¿Nosotros, señor?

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

BRUTO.—¡Sí! ¿Visteis alguna cosa?

VARRÓN. — ¡No, señor; no he visto nada!

CLAUDIO.—¡Ni yo, señor!

BRUTO.—¡Id y saludad en mi nombre a mi hermano Casio! ¡Decidle que se adelante cuanto antes con sus tropas, y le seguiremos!

VARRÓN y CLAUDIO.—¡Así se hará, señor! *(Salen.)*

ACTO QUINTO

ESCENA PRIMERA

Las llanuras de Filipos

Entran OCTAVIO, ANTONIO *y su ejército*

OCTAVIO.—Ahora, Antonio, se realizan nuestras esperanzas. Dijisteis que el enemigo no bajaría, sino que seguiría ocupando las montañas y las altas mesetas. No ha sido así. Sus batallones están a la mano. Su intención es intimarnos (1) aquí, en Filipos, contestando antes que les preguntemos.

ANTONIO.—¡Bah! Estoy en sus secretos y sé por qué lo hacen. Ya se contentarían con visitar otros terrenos; y si descienden con bravatas medrosas (2), es imaginando que por ese medio infunden en nuestros pensamientos la idea de que tienen valor; pero no es así.

Entra un MENSAJERO

MENSAJERO.—¡Preparaos, generales!... ¡El enemigo avanza en bizarra ostentación! ¡Ha enarbolado su sangrienta bandera de combate, y es preciso tomar en seguida las medidas necesarias!

ANTONIO.—Octavio, avanzad lentamente con vuestras tropas sobre la izquierda del terreno llano.

OCTAVIO.—Sobre la derecha, yo; tomad tú la izquierda.

ANTONIO. — ¿Por qué contrariarme en este momento crítico?

OCTAVIO.—No os contrario, sino que lo quiero así. *(Marcha.)*

Tambores. Entran BRUTO, CASIO *y sus ejércitos;* LUCILIO, TITINIO, MESALA *y otros*

BRUTO.—Hacen alto, y deben de querer parlamento.

CASIO.—¡Permaneced firmes, Titinio! Es necesario salir y conferenciar.

OCTAVIO. — Marco Antonio, ¿damos la señal de batalla?

ANTONIO. — No, César; responderemos al ataque. ¡Salid a las filas! ¡Los generales quieren decirnos algo!

OCTAVIO. — ¡Nadie se mueva hasta la señal!

BRUTO. — ¡Palabras antes que golpes! ¿No es así, compatriotas?

OCTAVIO. — ¡No porque prefiramos las palabras, como vos!

BRUTO.—¡Las buenas palabras son preferibles a los malos golpes, Octavio!

ANTONIO.—¡En vuestros malos golpes, Bruto, dais buenas palabras! Dígalo el agujero que hicisteis en el corazón de César, gritando: «¡Viva! ¡Salve, César!»

CASIO.—Antonio, aún se ignora la naturaleza de vuestros golpes; pero en cuanto a vuestras palabras, robaron a las abejas de Hibla y les quitaron su miel.

ANTONIO.—¡No su aguijón!

BRUTO.—¡Oh, sí! ¡Y también su rui

(1) *To warm us;* es decir, *to summon us.*

(2) *Fearful bravery,* en el texto. *Fearful* no significa aquí *terrible, dreadful,* como quería Malone, dando a la voz sentido objetivo; sino *timorous, apprehensive,* que es el sentido subjetivo que ahora le conviene.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

do, pues zumbáis como ellos, Antonio, y amenazáis muy prudentemente antes de vuestra punzada!

ANTONIO. — ¡Miserables! ¡No hicisteis lo mismo cuando vuestros viles puñales se mellaban unos contra otros en los costados de César! ¡Enseñabais los dientes como monos, os arrastrabais como lebreles y os prosternabais como esclavos, besando los pies de César, mientras el maldito Casca, como dogo, hería por la espalda el cuello de César! ¡Oh aduladores!

CASIO. — ¡Aduladores! ¡Ahora, Bruto, agradecedlo a vos mismo! ¡Esa lengua no ofendería así hoy, de haber prevalecido la opinión de Casio!

OCTAVIO. — ¡Vamos, vamos al asunto! ¡Si deliberando vertemos sudor, la prueba lo convertirá en gotas enrojecidas! ¡Mirad! ¡Desenvaino la espada contra los conspiradores ¿Cuándo pensáis que volverá a la vaina? ¡Nunca, mientras las veintitrés heridas de César no queden bien vengadas, o hasta que otro César se sume a la carnicería del acero de los traidores!

BRUTO.—¡César, tú no morirás a manos de traidores, a no ser que no los lleves contigo!

OCTAVIO. — ¡Así lo espero! ¡No nací para morir por la espada de Bruto!

BRUTO.—¡Oh joven! ¡Si fueras el más noble de tu raza, no podrías alcanzar una muerte más gloriosa!

CASIO.—¡Escolar impertinente, indigno de tal honor, ligado a un farsante y juerguista!

ANTONIO.—¡Silencio, viejo Casio! (1).

OCTAVIO. — ¡Venid, Antonio! ¡Fuera! ¡Traidores, os arrojamos el reto a la cara! ¡Si os atrevéis a pelear hoy, salid al campo! ¡Si no, cuando tengáis riñones! (2). *(Salen* OCTAVIO, ANTONIO *y su ejército.)*

CASIO.—¡Pues bien! ¡Rujan ahora los vientos! ¡Hínchense las olas y bogue la nave! ¡La borrasca está encima, y todo, a merced del azar!

BRUTO.—¡Eh! ¡Lucilio, una palabra!

LUCILIO.—¡Señor! *(*BRUTO *y* CASIO *conversan aparte.)*

CASIO.—¡Mesala!

MESALA.—¿Qué queréis, mi general?

CASIO.—Mesala, hoy es mi cumpleaños, pues en tal día como éste nació Casio. Dame tu diestra, Mesala. ¡Sé testigo de que, como Pompeyo, soy compelido contra mi voluntad a aventurar en una sola batalla todas nuestras libertades. Sabéis que he creído en la infalibilidad de Epicuro y su doctrina. ¡Ahora cambié de pensamiento, y me inclino a creer en los presagios! Viniendo de Sardis, sobre la enseña de nuestras vanguardias se cernieron dos águilas magníficas, y allí se posaron, alimentándose y cebándose de manos de nuestros soldados, las cuales nos sirvieron de escolta hasta aquí, a Filipos. ¡Esta mañana volaron y desaparecieron! Y en su lugar, cuervos, buitres y milanos revolotean sobre nuestras cabezas, mirando abajo como si fuésemos presa agonizante. ¡Sus sombras semejan el más funesto dosel, bajo el cual se cobijan nuestros ejércitos, prontos a entregar su alma!

MESALA.—¡No creáis en eso!

CASIO.—No lo creo sino en parte, porque soy sereno de espíritu y estoy resuelto a afrontar todos los peligros con gran firmeza.

BRUTO.—¡Eso es, Lucilio!

CASIO.—¡Ahora, nobilísimo Bruto, los dioses nos sean propicios para que, amándonos en paz, puedan conducir nuestros días hasta la vejez! Pero como sea la incertidumbre patrimonio de las cosas humanas, discurramos sobre lo peor que pudiera ocurrirnos. Si perdemos la ba-

(1) *Old Cassius still!* Dos sentidos posibles: «¡Silencio, viejo Casio!», o bien: «¡Siempre el viejo Casio!», según se haga a *still* adjetivo o adverbio.

(2) *When you have stomachs.* «cuando tengáis coraje», o sea «cuando tengáis agallas». «cuando tengáis riñones», como decimos en castellano, forma de expresión que se adapta justamente al plural de *stomachs*, y sin la cual habría que emplear el singular.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

talla, con seguridad que es ésta la última vez que conversamos juntos. En tal caso, ¿qué determinación tomarías?

BRUTO. — Obraré según la norma de aquella fiosofía en nombre de la cual censuré a Catón por haberse dado la muerte. Ignoro el porqué; pero considero cobarde y vil apresurar el curso de la vida por temor de lo que pueda sobrevenir. Me armaré de paciencia para esperar la intervención de los supremos poderes, sean cuales fueren, que nos gobiernan aquí abajo.

CASIO.—Entonces, si perdemos esta batalla, ¿os resignaréis a ser llevado en triunfo a través de las calles de Roma?

BRUTO.—¡No, Casio, no; ni creas tú, noble romano, que Bruto se dejaría llevar cautivo a Roma! ¡Es su alma demasiado grande! Pero este mismo día debe consumar la obra comenzada en los idus de marzo, e ignoro si hemos de volvernos a ver. Por tanto, démonos un eterno adiós. ¡Por siempre y para siempre, adiós, Casio!... Si volvemos a vernos, ¡qué!, sonreiremos de gozo. Si no, ha estado bien esta despedida.

CASIO.—Por siempre y para siempre, adiós, Bruto! Si volvemos a vernos, sonreiremos en verdad. Si no, ciertamente, ha sido oportuna esta despedida.

BRUTO.—¡Pues bien! ¡Avancemos entonces! ¡Oh! ¡Quién pudiera saber con anticipación el fin de los sucesos de este día! ¡Pero basta saber que tendrán término, y entonces conoceremos el resultado! ¡Ea! ¡Venid! ¡Marchemos! *(Salen.)*

ESCENA II

El mismo lugar. — El campo de batalla

Fragor de combate. Entran BRUTO *y* MESALA

BRUTO.—¡Galopa, galopa, Mesala; galopa y lleva estas órdenes a las legiones del otro flanco! *(Fragor estrepitoso.)* ¡Que ataquen inmediatamente, pues percibo tibieza en el ala de Octavio, y un empuje repentino los arrollará! ¡A galope, a galope, Mesala! ¡Que bajen todos! *(Salen.)*

ESCENA III

El mismo lugar.—Otra parte del camapo

Fragores. Entran CASIO *y* TITINIO

CASIO.—¡Oh, mirad, Titinio! ¡Mirad! ¡Huyen los miserables! ¡Yo mismo me he vuelto adversario de mis propias tropas! ¡Este portaestandarte que aquí ves había vuelto la espalda! ¡Maté al cobarde y arranqué el águila de sus manos!

TITINIO.—¡Oh Casio! Bruto dió la señal demasiado pronto, y, habiendo alcanzado alguna ventaja sobre Octavio, cargó con excesiva precipitación. ¡Sus soldados se han dado al botín, mientras Antonio nos cercaba por todas partes!

Entra PÍNDARO

PÍNDARO. — ¡Huid más lejos, señor, huid más lejos! ¡Marco Antonio está en vuestras tiendas, señor! ¡Huid, pues, noble Casio, huid más lejos!

CASIO.—Esta colina está bastante apartada... ¡Mirad, mirad, Titinio! ¿Son mis tiendas aquellas donde percibo el incendio?

TITINIO.—¡Lo son, señor!

CASIO.—¡Si me estimas, Titinio, monta en mi caballo y hunde las espuelas en él hasta que alcances allá arriba aquellas tropas y estés aquí de nuevo! ¡Que pueda yo asegurarme de una vez si son fuerzas amigas o enemigas!

TITINIO.—¡Estaré aquí de vuelta tan rápido como el pensamiento! *(Sale.)*

CASIO.—¡Anda, Píndaro, trepa a esa colina! Mi vista fué siempre turbia. Observa a Titinio y dime lo que notes en el campo. (PÍNDARO *sube al collado.)* ¡En

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

este día exhalé el primer aliento! ¡El tiempo ha descrito su círculo, y donde comencé, allí debo acabar! ¡Mi vida ha recorrido su espacio! Pícaro, ¿qué noticias?

PÍNDARO.—*(Desde arriba.)* ¡Oh señor!

CASIO.—¿Qué noticias?

PÍNDARO.—*(Desde arriba.)* Titinio está rodeado de jinetes que avanzan hacia él a galope tendido... Todavía espolea... Ahora están a su alcance... ¡Valor, Titinio! Ahora se apean algunos... ¡Oh! ¡El se apea también! ¡Le han cogido! *(Gritos.)* Pero ¡silencio!... ¡Gritan de alegría!

CASIO.—¡Baja, no mires más! ¡Oh cobarde de mí, que vivo después de ver prisionero ante mi cara a mi mejor amigo! *(Desciende* PÍNDARO.) ¡Ven acá, tú! En Partia te hice prisionero, y entonces, al salvarte la vida, te hice jurar que siempre tratarías de hacer lo que yo te mandase. ¡Cumple ahora tu juramento! ¡Sé ahora libre! ¡Y con esta magnífica espada, que atravesó las entrañas de César, busca mi seno! ¡No te detengas a replicar! ¡Aquí coge la empuñadura! ¡Y cuando haya cubierto mi rostro, como está ahora, dirige el hierro! (PÍNDARO *le hiere.)* ¡César, quedas vengado con la misma espada que te mató! *(Muere.)*

PÍNDARO.—¡Libre así soy! Mas no lo hubiera sido de esta manera de haberme atrevido a hacer mi voluntad. ¡Oh Casio! Píndaro huirá lejos de este país donde ningún romano tenga noticias de él. *(Sale.)*

Vuelve a entrar TITINIO *con* MESALA

MESALA.—No es sino un cambio, Titinio, pues Octavio se ve rechazado por las tropas del noble Bruto, como las legiones de Casio por Antonio.

TITINIO.—Estas nuevas confortarán a Casio.

MESALA.—¿Dónde le dejasteis?

TITINIO.—Todo desconsolado, en aquella colina, con su siervo Píndaro.

MESALA.—¿No es aquel que yace en tierra?

TITINIO.—No yace como los vivos. ¡Oh corazón mío!

MESALA.—¿No es él?

TITINIO.—¡No; éste era él, Mesala, pues ya no es Casio! ¡Oh sol poniente! ¡Como envuelto en tus rayos rojos te hundes en la noche, así envuelto en su roja sangre se pone el día de Casio! ¡Se ha puesto el sol de Roma! ¡Ha terminado nuestro día! ¡Nubes, ecarchas y peligros, venid! ¡Nuestras hazañas están consumadas! ¡Su desconfianza en mi éxito le indujo a este acto!

MESALA.—¡Su desconfianza en el buen éxito le indujo a este acto! ¡Oh funesto error, engendro de la melancolía! ¿Por qué haces ver al espíritu crédulo de los hombres cosas que no son? ¡Oh error rápidamente concebido, nunca logras un feliz alumbramiento, sino que das muerte a la madre que te concibe!

TITINIO.—¡Eh, Píndaro! ¿Dónde estás, Píndaro?

MESALA.—Búscale, Titinio, en tanto voy al encuentro del noble Bruto a destrozarle sus oídos con esta noticia. Y puedo decir destrozarle, porque el agudo acero y los dardos emponzoñados no agujerearían tanto los oídos de Bruto como la noticia de este espectáculo.

TITINIO.—Id, Mesala, y yo buscaré entre tanto a Píndaro. *(Sale* MESALA.) ¿Por qué me enviaste, valeroso Casio? ¿No hallé a tus amigos? ¿Y no pusieron sobre mis sienes este laurel de victoria y me suplicaron que te lo ciñera? ¿No oíste sus aclamaciones? ¡Ay! ¡Todo lo interpretaste equivocadamente! ¡Pero ten, toma esta guirnalda en tu frente! ¡Tu Bruto me la dió para ti, y cumplo su mandato! ¡Bruto, acudid aprisa y ved cómo respetaba yo a Cayo Casio! ¡Con vuestro permiso, dioses, he aquí lo que cumple a un romano! ¡Ven, espada de Casio, y encuentra el corazón de Titinio! *(Se da la muerte.)*

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

Fragor de combate. Vuelve a entrar MESALA *con* BRUTO, CATÓN *el joven*, ESTRATÓN, VOLUMNIO *y* LUCILIO

BRUTO.—¿Dónde, Mesala, dónde yace su cuerpo?

MESALA.—¡Ved! ¡Allí, y Titinio llorándolo!

BRUTO.—¡Titinio está cara al cielo!

CATÓN.—¡Ha muerto!

BRUTO.—¡Oh Julio César! ¡Todavía eres poderoso! ¡Tu espíritu recorre la tierra y vuelve nuestras espadas contra nuestras propias entrañas! *(Decrece el fragor.)*

CATÓN.—¡Bravo, Titinio! ¡Mirad cómo no ha dejado de coronar a Casio muerto!

BRUTO.—¿Quedan todavía dos romanos como éstos? ¡Adiós, tú, el último de los romanos! ¡Es imposible que Roma produzca tu igual! Amigo, debo a este muerto más lágrimas de las que me veréis pagar. ¡Ya hallaré ocasión, Casio, ya hallaré ocasión! ¡Venid, pues, y transportad su cadáver a Tasos! Sus exequias no deben hacerse en nuestro campamento; nos desalentarían, Lucilio; venid, y vos también, joven Catón, y volvamos al campo. ¡Labón y Flavio, avanzad con nuestros batallones! ¡Son las tres, y antes de la noche probaremos fortuna en un segundo combate, romanos! *(Salen.)*

ESCENA IV

Otra parte del campo

Fragor de combate. Entran peleando Soldados de los dos ejércitos; después, BRUTO, CATÓN *el joven*, LUCILIO *y otros*

BRUTO. — ¡Todavía, compatriotas!... ¡Oh! ¡Erguid todavía vuestras cabezas!

CATÓN.—¿Qué bastardo no lo hará? ¿Quién quiere seguirme? ¡Proclamaré mi nombre por el campo! ¡Yo soy el hijo de Marco Catón, ¡eh!, el azote de los tiranos y el amigo de la patria! ¡Soy el hijo de Marco Catón! ¡Eh!

BRUTO.—¡Y yo, Bruto; Marco Bruto, yo! ¡Bruto, el amigo de mi patria! ¡Reconoced a Bruto! *(Sale cargando sobre el enemigo.* CATÓN *es aplastado por el número y cae.)*

LUCILIO.—¡Oh joven y noble Catón! ¿Has sucumbido? Pues bien: mueres ahora tan valerosamente como Titinio y se te puede honrar todavía, siendo hijo de Catón.

SOLDADO 1.º—¡Ríndete o mueres!

LUCILIO.—¡Sólo a la muerte me rindo yo! Aquí tienes dinero suficiente para que puedas matarme ahora mismo. *(Ofreciéndole dinero.)* ¡Mata a Bruto, y hónrate con su muerte!

SOLDADO 1.º—¡No lo mataremos! ¡Es un noble prisionero!

SOLDADO 2.º—¡Sitio, eh! ¡Decid a Antonio que hemos cogido a Bruto!

SOLDADO 1.º—¡Le daré la noticia!... ¡Aquí viene el general!

Entra ANTONIO

¡Bruto ha sido hecho prisionero, señor; Bruto, ha sido hecho prisionero!

ANTONIO.—¿Dónde está?

LUCILIO.—¡En salvo, Antonio! ¡Bruto está bastante en salvo! ¡Me atrevo a asegurarte que ningún enemigo prenderá al noble Bruto mientras viva! ¡Los dioses le defienden de tan gran oprobio! ¡Dondequiera que le halléis, vivo o muerto, hallaréis en él al Bruto de siempre, al mismo!

ANTONIO.—Este no es Bruto, amigos; pero os garantizo que es una presa no menos valiosa. Velad por la seguridad de este hombre. Prodigadle toda clase de atenciones. Prefiero tener a tales hombres por amigos que por enemigos. ¡Id y ver si Bruto está vivo o muerto, y volved a la tienda de Octavio a darnos cuenta de cuanto ocurra. *(Sale.)*

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

ESCENA V

Entran BRUTO, DARDANIO, CLITO, ESTRATÓN *y* VOLUMNIO

BRUTO.—¡Venid, exiguo resto de amigos; descansemos sobre esta roca!

CLITO.—Estatilio ha enseñado desde lejos la antorcha encendida; pero, señor, no ha vuelto. Ha caído prisionero o lo han matado.

BRUTO.—Siéntate, Clito... Sólo se oye la palabra matar. ¡Es una acción al uso! ¡Escucha, Clito! *(Cuchichean.)*

CLITO.—¡Cómo! ¿Yo, señor? ¡Jamás! ¡Ni por todo el universo!

BRUTO.—¡Silencio, entonces! ¡Ni una palabra!

CLITO.—Antes me matara a mí mismo.

BRUTO.—¡Escucha, Dardanio! *(Le habla al oído.)*

DARDANIO.—¿Hacer yo semejante cosa?

CLITO.—¡Oh Dardanio!

DARDANIO.—¡Oh Clito!

CLITO.—¿Qué mala petición te ha hecho Bruto?

DARDANIO. — ¡Que lo matara, Clito! ¡Mira! ¡Está meditando!

CLITO.—¡Tan colmado de dolor está ese noble vaso, que casi se vierte por los ojos!

BRUTO.—¡Acércate aquí, buen Volumnio! Oye una palabra.

VOLUMNIO.—¿Qué dice, mi señor?

BRUTO.—¡Esto, Volumnio! ¡La sombra de César se me ha aparecido dos veces distintas durante la noche: una, en Sardis, y la otra noche, aquí, en los campos de Filipos! ¡Sé que ha llegado mi hora!

VOLUMNIO.—¡No lo creáis, señor!

BRUTO.—¡Sí, tengo la seguridad de ello, Volumnio! ¡Ya ves cómo marchan las cosas! ¡Nuestros enemigos nos han batido y empujado hasta el borde del abismo! *(Lejano fragor de combate.)* Es más honroso lanzarnos dentro que esperar a que nos precipiten en el fondo. Buen Volumnio, tú sabes que los dos fuimos juntos a la escuela. ¡Pues bien en nombre de nuestra antigua amistad, te ruego que tengas firme mi espada mientras me arrojo sobre ella!

VOLUMNIO.—¡Eso no es oficio para un amigo, señor! *(Continúa el fragor del combate.)*

CLITO.—¡Huid, huid, señor! ¡No hay que retardarse aquí!

BRUTO.—¡Adiós a vos, y a vos, y a vos, Volumnio! Estratón, has estado dormido todo este tiempo. ¡Adiós a ti también, Estratón! ¡Compatriotas, mi corazón se regocija de no haber encontrado en toda mi vida un hombre que no me haya sido leal! ¡Más gloria alcanzaré yo con mi derrota que Octavio y Marco Antonio con su vil triunfo! ¡Así, adiós por vez postrera, pues la lengua de Bruto ha terminado casi la historia de su vida!... ¡El velo de la noche se extiende sobre mis ojos! ¡Mis huesos, que no han trabajado sino para llegar a esta hora, piden descanso! *(Fragor de combate. Gritos dentro.)* ¡Huid, huid, huid!

CLITO.—¡Huid, huid, huid!

BRUTO.—¡Fuera de aquí! ¡Os seguiré! *(Salen* CLITO, DARDANIO *y* VOLUMNIO.) Estratón, te suplico que te quedes con tu señor. Eres un mozo de buen sentido. En tu vida ha habido cierto dejo de honor. ¡Sostén, pues, mi espada, y vuelve a un lado el rostro mientras me arrojo sobre ella. ¿Quieres, Estratón?

ESTRATÓN. — ¡Dadme primero vuestra mano! ¡Adiós, señor!

BRUTO. — ¡Adiós, querido Estratón! *(Se arroja sobre su espada.)* ¡César, aplácate ahora! ¡No tuve para tu muerte la mitad de deseo que para la mía! *(Muere.)*

Fragor de combate. Retirada. Entran OCTAVIO, ANTONIO, MESALA, LUCILIO *y el ejército*

OCTAVIO.—¿Quién es ese hombre?

MESALA.—El criado de mi señor. Estratón, ¿dónde está tu señor?

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

ESTRATÓN.—¡Libre de la esclavitud en que os halláis, Mesala! ¡Los vencedores no podrán hacer de él más que una hoguera! ¡Porque Bruto sólo fué vencido por él mismo, y nadie tiene la gloria de su muerte!

LUCILIO.—¡Así es como debía hallarse a Bruto! ¡Te agradezco, Bruto, que hayas justificado mis palabras!

OCTAVIO.—Tomaré a mi servicio a todos los que han servido a Bruto. ¿Quieres consagrarme tu tiempo, mozo?

ESTRATÓN.—Sí, si Mesala quiere presentarme a vos.

OCTAVIO.—Hacedlo, buen Mesala.

MESALA.—¿Cómo murió mi señor, Estratón?

ESTRATÓN.—Sostuve su espada y él se precipitó sobre ella.

MESALA.—Octavio, haz que te sirva el que prestó a mi señor el último servicio

ANTONIO.—¡Este es el más noble de todos los romanos! ¡Todos los conspiradores, menos él, obraron por envidia al gran César! ¡Sólo él, al unirse a ellos, fué guiado por un honrado pensamiento patriótico y en interés del bien público! Su vida fué pura, y los elementos que la constituían se compaginaron de tal modo, que la Naturaleza, irguiéndose, podía decir al mundo entero: «¡Este era un hombre!»

OCTAVIO. — ¡Honrémosle, conforme a sus virtudes, con todo respeto y ritos funerales! ¡Sus restos descansarán esta noche en mi tienda, con la pompa guerrera de los soldados! (1). ¡Mandad, pues, que reposen las tropas, y vámonos nosotros a compartir las glorias de esta feliz jornada! *(Salen.)*

---

(1) Este es un homenaje digno que rinde Shakespeare a Marco Bruto, enamorado de sus virtudes cívicas, como nuestro gran Quevedo, pues los sentimientos de Octavio fueron muy diferentes. Como es sabido, sólo Marco Antonio hizo dar sepultura al cadáver mutilado de Bruto. La cabeza fué llevada a Roma por orden de Octavio y arrojada a los pies de la estatua de Julio César.



scan, correx & edit por J.Rubén Fernández